

LA
ARAUCANA,

DE

DON ALONSO DE ERCILLA.

TOMO I.

EN GOTHA,

POR STEUDEL Y KEIL.

1805.

La Araucana

de

Don Alonso de Ercilla.

CANTO I.

El qual declara el aſsiento, y deſcripcion de la Provincia de Chile, y eſtado del Arauco, con las coſtumbres, y modos de guerra que los naturales tienen: y aſsimiſmo trata en ſumma la entrada, y conquiſta, que los Eſpañoles hizieron, haſta que Arauco ſe comenzò a rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De cavalleros canto enamorados,
Ni las mueſtras, regalos y ternezas
De amoroſos afectos y cuydados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos Eſpañoles esforzados,
Que a la cerviz de Arauco no domada
Puſieron duro yugo por la eſpada.

Cosas dirè tambien harto notables
De gentes que a ningun Rey obedecen,
Temerarias empresas memorables,
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, terminos loables,
Que mas los Españoles engrandecen:
Pues no es el vencedor mas estimado,
De aquello en que el vencido es reputado.

Supplicoos Gran Felipe, que mirada,
Esta lavor, de vos sea recebida,
Que de todo valor necesitada,
Queda, con darse à vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada a su medida,
No desprecieis el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero à tan alto Rey dedicarlo,
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo,
Para que quien lo viere en mas lo tenga:
Y si esto no bastàre a no tacharlo,
Alomenos confuso se detenga,
Pensando que pues va a vos dirigido.
Que debe de llevar algo escondido.

Y haverme en vueſtra caſa yo criado,
Què crédito me da por otra parte!
Harà mi torpe eſtilo delicado,
Y lo que va ſin orden lleno de arte:
Aſi de tantas coſas animado,
La pluma entregarè al furor de Marte.
Dad orejas ſenor, a lo que digo,
Que ſoy de parte dello buen teſtigo.

Chile fertil provincia y ſeñalada,
En la region Antartica famoſa,
De remotas naciones reſpetada,
Por fuerte, principal y poderoſa,
La gente que produce es tan granada,
Tan ſobervia gallarda y belicoſa:
Que no ha ſido por Rey jamas regida
Ni a eſtrangero dominio ſometida.

Es Chile, Norte Sur, de gran longura
Coſta del nuevo Mar, del Sur llamado,
Tendrà del Leſte a Oeſte, de angoſtura
Cien millas, por lo mas ancho tomado;
Baxo del Polo Antartico en altura
De veynte y ſiete grados prolongado
Haſta dò el mar Oceano y Chileno
Mezclan ſus aguas por angoſto ſeno.

Y eſtos dos anchos mares, que pre- tenden
Paſſando de ſus terminos juntarſe
Baten las rocas, y ſus olas tienden;
Mas es les impedido el allegarſe:
Por eſta parte al fin, la tierra hienden,
Y pueden por aqui communicarſe.
Magallanes, ſeñor fuè el primer hombre
Que abriendo eſte camino le diò nombre.

Por falta de Pilotos, o encubierta
Cauſa, quizà importante y no ſabida
Eſta ſecreta ſenda deſcubierta
Quedò para noſotros eſcondida:
Ora ſea yerro de la altura cierta
Ora que alguna isleta removida,
Del tempeſtuoſo mar y viento ayrado
Encallando en la boca la ha cerrado.

Digo que Norte, Sur, corre la tierra
Y baña la del Oeſte la marina;
A la banda del Leſte va una ſierra
Que el miſmo Rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uſo y egercicio mas ſe afina:
Venus y Amor, aqui no alcançan parte,
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado
Por donde su grandeza es manifiesta,
Està a treynta y seys grados el Estado
Que tanta sangre agena, y propria cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo a Chile en tal estrecho puesta
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace entorno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el qual sugeto
Lo mas deste gran termino tenia
Con tanta fama, credito y conceto
Que del un Polo al otro se estendia:
Y puso al Español en tal aprieto
Qual presto se verà en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones
Posseenla diez y seys fuertes varones.

De diez y seys Caciques y Señores
Es el sobervio estado posseido,
En militar estudio los mejores
Que de barbaras madres han nacido,
Repàro de su patria, y defensores:
Ninguno en el govierno preferido
Otros Caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al ſeñor de impoſicion le viene
Servicio perſonal de ſus vaſallos
Y en qualquiera ocaſion quando conviene
Puede por fuerza al debito apremiallos:
Pero aſí obligacion el ſeñor tiene
En las coſas de guerra dotrinallos
Con tal uſo, cuydado y diciplina
Que ſon maeſtros deſpues deſta dotrina.

En lo que uſan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechoſa
Es que un trecho ſeguido han de ir corriendo
Por una aſpera cueſta pedregoſa:
Y al pueſto y fin del curſo revolviendo
Le dan al vencedor alguna coſa:
Vienen a ſer tan ſueltos y alentados
Que alcanzan por aliento los venados.

Y deſde la niñez al egercicio
Los apremian por fuerza y los incitan
Y en el bellico eſtudio, y duro officio
Entrando en mas edad los egercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio
Del uſo militar lo inhabilitan
Y él que ſale en las armas ſeñalado
Conforme a ſu valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No ſon por flacos medios proveidos
Ni van por calidad, ni por herencia
Ni por hacienda y ſer mejor nacidos:
Mas la virtud del brazo y la excelencia
Eſta hace los hombres preferidos,
Eſta illuſtra, habilita perficiona
Y quilata el valor de la perſona.

Los que eſtàn a la guerra dedicados
No ſon a otro ſervicio conſtreñidos,
Del trabajo y labranza reſervados
Y de la gente baxa mantenidos:
Pero ſon por las leyes obligados
De eſtar a punto de armas proveidos
Y a ſaber dieſtramente governallas
En las licitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas exercitadas
Son picas, alabardas y lanzones
Con otras puntas largas enhaſtadas
De la facion y forma de punzones;
Hachas, martillos, mazas barreadas
Dardos, ſargentas, flechas y baſtones
Lazos de fuertes mimbres y bexucos
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas deſtas armas han tomado
De los Chriſtianos nuevamente agora
Que el continuo egercicio y el cuydado
Enſeña y aprovecha cada hora:
Y otras, ſegun los tiempos, inventado;
Que es la neceſſidad grande inventora,
Y el trabajo ſolicito en las coſas
Maeſtro de invenciones ingenioſas.

Tienen fuertes y dobles coſeletes
Arma comun a todos los ſoldados
Y otros ala manera de ſayetes
Que ſon, aunque modernos, mas uſados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diverſas hechuras encajados
Hechos de piel curtida y duro cuero
Que no baſta offenderle el fino acero.

Cada ſoldado una arma ſolamente
Ha de aprender, y en ella egercitarſe
Y es aquella a que mas naturalmente
En la niñez moſtràre aficionarſe:
Deſta ſola procura dieſtramente
Saberſe aprovechar y no empacharſe
En jugar de la pica él que es flechero
Ni de la maça y flechas el piquero.

Hacen ſu campo, y mueſtranſe en
formados
Eſquadrones diſtintos muy enteros
Cada hila de mas de cien ſoldados
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden deſmandados
Bajo la protection de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Haſta medir a pica al enemigo.

Si el eſquadron primero que acomete
Por fuerza viene a ſer desbaratado
Tan preſto a ſocorrerle otro ſe mete
Que caſi no da tiempo a ſer notado:
Si aquel ſe desbarata, otro arremete
Y eſtando ya el primero reformado
Moverſe de ſu termino no puede
Haſta ver lo que al otro le ſuccede.

De pantanos procuran guarnecerſe
Por el dano y temor de los caballos
Donde ſuelen a vezes acogerſe
Si viene a ſucceder desbaratallos:
Alli pueden ſeguros rehazerſe.
Offenden, ſin que puedan enojallos,
Que el falſo ſitio y gran inconveniente
Impide la llegada a nueſtra gente.

Del esquadron se van adelantando
Los barbaros que son sobresalientes
Sobervios, cielo y tierra despreciando
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando
Poniendose en posturas differentes,
Diziendo : si hay valiente algun Christiano
Salga luego adelante mano a mano.

Hasta treynta, o quarenta en compañia
Ambiciosos de credito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarria
Al son de presurosos atambores:
Las armas matizadas a porfia
Cor varias y finissimas colores
De poblados penachos adornados
Saltando acà y allà por todos lados.

Hacen fuerzas, o fuertes quando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho
O si ocupar un termino pretenden
O por algun aprieto y grande estrecho:
De dò mas a su salvo se defienden
Y salen de rebato a caso hecho
Recogiendose a tiempo al sitio fuerte,
Que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha, la traça,
De poderoſos arboles labrados
Cercan una quadrada y ancha plaça
En valientes eſtacas afirmados,
Que a los deſuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, facilmente
De mucha ſe defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado
Pueſtos de trecho a trecho unos troncones
En los quales el muro iva fijado
Con quatro levantados torreones
A cavallero del primer cercado
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar ſin miedo y mas ſeguro.

Entorno deſta plaça poco trecho,
Cercan de Eſpesos hoyos por deſuera,
Qual es largo, qual ancho, y qual eſtrecho
Y aſſi van ſin faltar deſta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apreſura el cavallo en la carrera.
Tras el aſtuto barbaro engañoſo
Que le mete en el cerco peligroſo.

Tambien ſuelen hacer hoyos mayores
Con eſtacas agudas en el ſuelo,
Cubiertos de carrizo, hierva, y flores
Porque puedan picar mas ſin recelo:
Alli los indiſcretos corredores
Teniendo ſolo por remedio el cielo
Se ſumen dentro, y quedan enterrados
En las agudas puntas eſtacados.

De conſejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acoſtumbrada,
Que es de hacer un combite y borrachera
Quando ſuccede coſa ſenalada:
Y aſi qualquier ſeñor que la primera
Nueva del tal ſucceſſo le es llegada.
Deſpacha con preſteza embajadores
A todos los Caciques y Señores.

Haziendoles ſaber, como ſe offrece
Neceſſidad y tiempo de juntarſe,
Pues a todos les toca y pertenece
Que es bien con brevedad communicarſe:
Segun el caſo, aſi ſelo encarece
Y el daño que ſe ſigue en dilatarſe,
Lo qual viſto que a todos les conviene
Ninguno venir puede que no viene.

Iuntos pues los Caciques del Senado
Propone les el caſo nuevamente
El qual por ellos viſto y ponderado
Se trata del remedio conveniente:
Y reſueltos en uno y decretado
Si alguno de opinion es differente
No puede en quanto al debito exîmirſe
Que alli la mayor voz ha de ſeguirſe.

Deſpues que coſa en contra no ſe halla
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad eſtà aguardando:
Si viene a averiguarſe por batalla
Con gran rumor lo van manifeſtando
De trompas y atambores altamente
Porque a noticia venga de la gente.

Tienen un plazo pueſto y ſeñalado
Para bever ſobre ello y remirarſe,
Tres dias ſe han de aver ratificado
En la difinicion ſin retratarſe:
Y el franco y libre termino paſado
Es de ley impoſſible revocarſe,
Y aſi como forzoſo acaecimiento
Se diſponen al nuevo movimiento:

Hacese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido:
Alli de un viento fresco y amoroso
Los arboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas vezes por el prado
Un claro arroyo, limpio y sosegado.

Dò una fresca y altissima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
Entorno de la plaza y ancharueda
Capaz de qualquier junta y grande fiesta,
Que comida a descanso y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa fiesta,
Alli se oye la dulce melodia
Del canto de las aves y armonia.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
A aquel que fuè del cielo derribado,
Que como a poderoso y gran Propheta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su favor con falsa seta,
Y a todos sus negocios es llamado,
Teniendo quanto dice por seguro
Del prospero succeso, o mal futuro.

Y quando quieren dar una batalla
Con él lo communican en ſu rito;
Sinò reſponde bien, dejan de dalla
Aunque mas les inſiſta el apetito:
Caſo grave y negocio no ſe halla
Dò no ſea convocado eſte maldito;
Llamanle Eponamon y comunmente
Dan eſte nombre alguno ſi es valiente.

Uſan el falſo oficio de hechiceros
Ciencia a que naturalmente ſe inclinan,
En ſeñales mirando y en agueros
Por los quales ſus coſas determinan:
Veneran a los necios agoreros
Que los caſos futuros adivinan,
El aguero acrecienta ſu oſadia
Y les infunde miedo y cobardia.

Algunos deſtos ſon predicadores
Tenidos en ſagrada reverencia
Que ſolo ſe mantienen de loores
Y guardan vida eſtrecha y abſtinencia:
Eſtos ſon los que ponen en errores
Al liviano comun con ſu eloquencia
Teniendo por tan cierta ſu locura
Como nòs la Evangelica Eſcrittura.

Y eſtos que guardan orden algo eſtrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados,
Mas ſolo aquel vivir les aprovecha
De ſer por ſabios hombres reputados:
Pero la eſpada, lanza, el arco, y flecha
Tienen por mejor ciencia otros ſoldados
Diciendo que el aguëro alegre o triſte
En la fuerza y el animo conſiſte.

En fin el hado y clima deſta tierra
Si ſu eſtrella y pronoſticos ſe miran,
Es contienda, furor, diſcordia, guerra,
Y a ſolo eſto los animos aſpiran:
Todo ſu bien y mal aqui ſe encierra:
Son hombres que de ſubito ſe airan,
De condicion feroces, impacientes
Amigos de domar eſtrañas gentes.

Son de geſtos robuſtos, desbarbados
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Eſpaldas grandes, pechos levantados
Recios miembros de niervos bien fornidos:
Agiles, deſembueltos, alentados
Animoſos, valientes, atrevidos
Duros en el trabajo, y ſuffridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha havido Rey jamas que ſugetaſe
Eſta ſobervia gente libertada,
Ni eſtrangera nacion que ſe jataſe
De haver dado en ſus terminos piſada,
Ni Comarcana tierra que ſe oſaſe
Mover en contra y levantar eſpada;
Siempre fuè eſenta, indomita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.

El potente Rey Inga aventajado
En todas las Antarticas Regiones
Fuè un ſeñor en eſtremo aficionado
A ver y conquiſtar nuevas naciones:
Y por la gran noticia del eſtado
A Chile deſpachò ſus Orejones;
Mas la parlera fama deſta gente
La ſangre les templò y animo ardiente.

Pero los nobles Ingas valeroſos
Los deſpoblados aſperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicoſos
Por fuerza a ſervidumbre los trujeron;
A dò leyes y editos trabajoſos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciendolos con fueros diſolutos
Pagar grandes ſubſidios y tributos.

Dado aſiento en la tierra y reformado
El campo con egercito pujante,
En demanda del reyno deſeada
Movieron ſus eſquadras adelante:
No huvieron muchas millas caminado,
Quando entendieron que era ſemejante
El valor a la fama que alcanzada
Tenia el pueblo Araucaná por la eſpada.

Los Promaucaes de Maule, que ſupieron
El vano intento de los Ingas vanos
Al paſo y duro encuentro les ſalieron,
No menos en buen orden que Lozanos:
Y las coſas de ſuerte ſucedieron,
Que llegando eſtas gentes a las manos
Murieron inſinitos Orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los Indios Promauceas es una gente
Que eſtà cien millas antes del eſtado,
Bravà, ſobervia proſpera, y valiente
Que bien los Eſpañoles la han probado;
Pero con quanto digo, es diferente
De la fiera nacion que cotejado
El valor de las armas y excelencia
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en la provincia indomita se eneierra,
Y quan poco a los brazos ganarian
Llegada al cabo la empezada guerra:
Visto el errado intento trayan,
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron a los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues Don Diego de Almagro Adelantado,
Que en otras mil conquistas sehavia visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fé de Christo;
Pero llegado ad fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convina.

A solo el de Valdivia esta Victoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta alli fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en oppresion la libertad redujo

Con una eſpada y capa ſolamente
Ayudada de induſtria que tenia
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y grueſa compañia:
Y con deſignio y animo valiente
Toma de Chile la derecha via
Propueſto de acabar deſta ſalida.
La demanda difícil o la vida.

Vióſe en el largo y aſpero camino
Por hambre ſed y frio en grande eſtrecho;
Pero con la conſtancia que convino
Puſo al trabajo el animoſo pecho:
Y el dieſtro hado y proſpero deſtino
En Chile le metieron a deſpecho.
De quantos eſtorbarlo procuraron,
Que en ſu daño las armas levantaron.

Tuvo a la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligroſos
En tiempos y lugares differontes,
Que eſtuvieron los fines muy dudoſos:
Pero al cabo por fuerza los valientes
Eſpanoles con brozos valeroſos
Siguiendo el hado y con rigor la guerra
Occuparon gran parte de la tierra.

Non ſin gran rieſgo, y perdida de vida
Aſediados ſeis anos ſoſtuvieron,
Y de incultas raizes deſabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron:
Dó a las barbaras armas oprimidas
A la Eſpañola devocion trujeron
Por animo conſtante y raras pruevas
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Deſpues entró Valvidia conquirtando
Con esfuerzo y eſpada riguroſa
Los Promaucaes por fuerza ſujetando
Curios, Cauquenes gente belicoſa:
Y el Maule y raudo Itáta atreveſando
Llegó al Andalien, dó la famoſa
Ciudad fundó de muros levantada
Felice en poco tiempo y deſdichada.

Vna batalla tuvo aqui ſangrienta
Donde a punto llegó de ſer perdido:
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta
Que en todas las demas le avia acorrido:
Otros dello daran mas larga cuenta
Que les eſtá eſte cargo cometido;
Alli fuè preſo el barbaro Aynavilla.
Honor de los Pencones y caudillo.

De alli llegó al famoſo Biobio
El qual divide a Penco del eſtado;
Que del Nibequeten copioſo rio
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con preſteza y nuevo brio
En órden buena Y eſquadron formado
Paſó de Andalican la aſpera ſierra,
Piſando la Araucana y fertil tierra.

Non quiero detenerme mas en eſto
Pues que no es mi intencion dar peſa-
dumbre,
Y aſi pienſo paſar por todo preſto
Huyendo de importunos la coſtumbre:
Digo con tal intento y preſupueſto
Que antes que los de Arauco a ſervidumbre
Vinieſſen, fueron tantas las batallas
Que dexo por prolijas de ont allas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres, que por milagro y caſo eſtraño
De la region celeſte eran venidos:
Y del ſubito eſtruendo y grave daño
De los tiros de polvora ſentidos
Como immortales Dioſes los temian
Que con ardientes rayos combatian.

Los Eſpañoles hechos hazañoſos
El error confirmaban de immortales
Afirmando los mas ſuperſticioſos
Por los preſentes los futuros males:
Y afi tibios, ſuſpenſos y dudoſos
Viendo de ſu oppreſſion claras ſeñales
Debajo de hermandad y fé jurada
Dió Arauco la obediencia jamas dada.

Dejándo alli el ſeguro ſuficiente
Adelante los nueſtros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente
Viendo a Arauco ſujeta ſe entregaron
Y reduziendo a ſu opinion gran gente
Siete ciudades proſperas fundaron
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago
La imperial, Villarica, y la del Lago.

El felice ſucceſo, la vitoria
La fama y poſeſiones que adquirian
Los truxo a tal ſobervia y vana gloria
Que en mil leguas diez hombres no cabian:
Sin paſarles jamas por la memoria
Que en ſiete pies de tierra al fin havian
De venir a caber ſus hinchazones
Su gloria vana y vanas pretenſiones.

Crecian los interefes y malicia
A cofta del fudor y daño ageno
Y la hambrienta y mifera codicia
Con libertad paciendo iua fin freno:
La ley, derecho, el fuero y la jufticia
Era lo que Valdivia havia por bueno
Remifo en graves culpas y piadofo,
Y en los cafos livianos rigurofo.

Afi el ingrato pueblo Caftellano
En mal y eftimacion jua creciendo,
Y figuiendo el fobervio intento vano
Tras fu fortuna profpera corriendo:
Pero el padre del cielo foberano
Atajó efte camino, permitiendo
Que aquel, a quien el mifmo pufo el yugo
Fuefe el cuchillo y afpero verdugo.

El eftado Araucano acoftumbrado
A dar leyes, mandar, y fer temido
Viendofe de fu trono derribado
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprovando el fubfidio padecido
Acude al egercicio de la efpada
Ya por la paz ociofa defufada.

Dieron ſeñal, primero y nuevo tiente
Por ver con que rigor ſe tomaria,
En dos Soldados nueſtros que a tormento
Matàron ſin razon y cauſa un dia:
Diſimulòſe aquel atreviemiento
Y con eſto creciòles la oſadia
No aguardando a mas tiempo abiertamente
Comienzan a llamar y juntar gente.

Principio fuè del daño no penſado
El no tomar Valdivia preſta enmienda,
Con egemplar caſtigo del eſtado;
Pero nadie caſtiga en ſu hazienda,
El pueblo ſin temor deſvergonzado
Con nueva libertad rompe la rienda
De omenage hecho y la promeſa
Como el ſegundo canto aqui lo expreſa.

CANTO SECUNDO.

Ponese la discordia que entre los Caciques de Arauco hovo sobre la eleccíon del Capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del Cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los Barbaros hizieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los Españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo, que han llegado
A la engañosa alteza desta vida
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dado les la mano a la subida,
Para despues de haverlos levantado
Derribarlos con misera caida.
Quando es major el golpe y sentimiento
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la proſpera bonanza
Que el contento es principio de triſteza,
Ni miran en la ſubita mudanza
Del conſumidor tiempo y ſu preſteza.
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en ſu fortuna haya firmeza,
La qual de ſu aſpereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acoſtumbrada.

Con un reves de todo ſe deſquita
Que no quiere, que nadie ſe le atreva:
Y mucho mas que dá ſiempre les quita
No perdonando coſa vieja y nueva:
De credito y de honor los neceſſita;
Qui en el fin de la vida eſtà la prueba
Por el qual han de ſer todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo que nos queda
Sino pena, dolor, y peſadumbre?
Penſar que en èl fortuna ha de eſtar queda
Antes dejará el Sol de dar nos lumbre:
Que no es ſu condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja coſtumbre.
El mas ſeguro bien de la fortuna
Es no hauerla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Egemplo dello aqui puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria
Con todo el bien que puede desearse
A llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino a turbarse
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y orden prospera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba
Hallado en pocas casas que es contento:
De tal manera en él se descuidaba
Cierta señal de triste acaecimiento.
Que en una hora perdió el honor y estado
Que en mil años de afan havia ganado.

Por dioses como dixe, eran tenidos
De los Indos los nuestros; pero olieron
Que de muger y hombres eran nacidos
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viendo los a miserias sometidos
El error ignorante conocieron
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo a mas plazo difirirlô,
Entrellos comenzó luego a tratàrſe,
Que para en breve tiempo concluyrlo
Y dar el modo y orden de vengarſe
Se junten a conſulta a difinirlo;
Do venga la ſentencia a pronunciarſe
Dura, egemplar, cruel, irrevocable
Horrenda a todo el mundo y eſpantable.

Ivan yá los Caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y'no fuè meneſter general vando
Que el deſeo de la guerra los llamaba
Sin promeſas, ni pagas deſeando
El eſperado tiempo, que tardaba
Pāra el decreto y aſpero caſtigo
Con muerte y deſtruicion del enemigo.

De algunos que en la junta hallaron
Es bien que haya memoria de ſus nombres
Que ſiendo incultos barbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve termino alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres
Que dellas daran fè los qui vivieren,
Y los muertos alla donde eſtuvieren.

Tucapel ſe llamava aquel primero
Que al plazo ſeñalado havia venido;
Eſte fuè de Chriſtianos carnicero
Siempre en ſu enemiſtad endurecido:
Tiene tres mil vaſallos el guerrero
De todos como Rey obedecido.
Ongol luego llegó mozo valiente.
Govierna quatro mil, lucida gente.

Cayocupil Cacique bullicioſo
No fuè el poſtrero que dejó ſu tierra;
Que alli llegó el tercero deſeoſo
De hazer a todo el mundo él ſolo guerra:
Tres mil vaſſallos tiene eſte famoſo
Uſados tras las fieras en la ſierra.
Millarapue aunque viejo el quarto vino
Que cinco mil gobierna de contína.

Paycabi ſe juntó aquel miſmo dia,
Tres mil dieſtros ſoldados ſeñorea:
No lexos Lemolemo dél venia
Que tiene ſeys mil hombres de pelea:
Mareguano, Gualemo y Lebopia
Se dan prieſſa a llegar porque ſe vea
Que quieren ſer en todo los primeros
Gobiernan eſtos tres, tres mil guerreros.

No ſe tardó en venir pues Elicurá
Que al tiempo y plazo pueſto havia llegado,
De gran cuerpo, robuſto en la hechura
Por uno de los fuertes reputado:
Dice: que ſer ſujeto es gran locura,
Quien ſeys mil hombres tiene a ſu mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
Otros tantos y mas rige eſte ſolo.

Tras eſte a la conſulta Ongolmo viene
Que quatro mil guerreros governaba.
Puren en arribar no ſe detiene,
Seis mil ſubditos eſte adminiſtraba:
Paſados de ſeis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloſo yá llegava,
Dieſtro, gallardo, fiero en el ſemblante
De proporcion y altura de Gigante.

Peruquelen, Caciqúe ſeñalado
Que el gran valle de Arauco lè obedece
Por natural ſeñor y aſi el eſtado
Eſte nombre tomó ſegun parece
Como Venceia pueblo libertado:
Que en todo aquel govierno mas florece
Tomando el nombre de él la ſeñoria,
Aſi guarda el eſtado el nombre hoy dia.

Eſte nò ſe halló perſonalmente
Por eſtar impedido de Chriſtianos;
Pero de ſeis mil hombres que el valiente
Gobierna naturales Araucanos
Acudió deſmandada alguna gente.
A ver ſi es meneſter mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia
Que toda, Pilmayquen le obedecia.

Thomé y Andalican tambien vinieron
Que eran del Araucano regimiento,
Y otros muchos Caciques acudieron
Que por no ſer prolixo no los cuento:
Todos con leda faz ſe recibieron,
Moſtrando en verſe juntos gran contento,
Deſpues de razonar en ſu venida
Se comenzó la eſplendida comida.

Al tiempo que el bever furioſo andaba
Y mal de las tinajas el partido
De palabra en palabra ſe llegabá
A encenderſe entre todos gran ruido:
La razon uno de ortro no eſcuchaba
Sabida la occaſion dó havia nacido:
Vino ſobre qual era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Asi creció el furor que derribando
Las mesas de manjares occupadas,
Aguijan a las armas desgajando
Las ramas al deposito obligadas;
Y dellas se aperciben no cessando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizavan la colera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El Audaz Tucapel claro decia,
Que el cargo del mandar le pertenece;
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentia,
De mostrarlo estoy presto si se offrece,
Añade el jactancioso a quien quisiere,
Y a aquel que esta razon contradixere....

Sin dejarle acabar dixo Elicura:
A mi es dado el govierno desta danza
Y el simple que intentare otra locura
Ha de provar el hierro de mi lanza.
Ongolmo que el primero ser procura
Dice: yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentáre,
Y con él la ferrada gobernáre.

De colera Lincoya y rabia insano
Responde: tratar deso es devanéo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este baston poseo:
Niguno dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualarseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria
Que la gloria que el hecho le daria.

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime haciendose a lo largo
Diciendo: yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo:
Hacéos los pretensores adelante,
Veremos de qual dellos es el cargo;
Que de probar aqui luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.

Alto sus, que yo acepto el desafio
Responde Lemolemo y tengo en nada
Poner a nueva prueva lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, a quatro a seys en la estacada;
Y si todos question quereis comigo,
Os haré manifiesto loque digo.

Puren que eſtava a parte aviendo oido
La platica enconoſa y rumor grande,
Diciendo en medio dellos ſe ha metido,
Que nadie en ſu preſencia ſe deſmande;
Y quien a imaginar es atrevido
Que donde eſtá Puren mas otro mande?
La grita y el furor ſe multiplica,
Quien eſgrime la maza y quien la pica.

Thome y otros Caciques ſe metieron
En medio deſtos barbaros de preſto,
Y con difcultad los deſpartieron:
Que no hicieron poco en hacer eſto:
De herirſe lugar àun no tuvieron,
Y en voz ayrada ya el temor poſpueſto
Colocolo el Cacique mas anciano
A razonar aſi tomó la mano.

Caciques del eſtado defenſores,
Codicia del mandar no me convida
A peſarme de veros pretenſores
De coſa que a mi tanto era debida;
Porque ſegun mi edad ya veis ſenores,
Que eſtoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que ſiempre os he moſtrado,
A bien aconſejaros me ha incitado.

Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grande tenidos
Pues que negar al mundo no podemos
Haver sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aun de Españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia egecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

Que furor es el vuestro, o Araucanos
Que a perdicion os lleva sin sentillo?
Contra vuestras entrañas teneis manos
Y no contra el tyrano en resistillo?
Teniendo tan a golpe los Christianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido
No sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y animo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido a todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado
Que para redemir nos ha quedado.

No me pesa de ver la lozania
De vuestro corazon, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentia
Por mal govierno el buen camino tuerza:
Que vuelta entre nosotros la profia,
Degolleis vuestra patria con su fuerça:
Cortad pues, si ha de ser desta manera,
Esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la açaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura:
Pero a nuestro bien publico atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza
El cielo os igualó en el nacimiento:
De linage de estado y de riqueza
Hizo a todos igual repartimiento:
Y en singular por animo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento:
Que este gracioso don no agradecido
Nos ha al presente tèrmino traido.

En la virtud de vueſtro brazo eſpero
Que puede en breve tiempo remediarſe;
Mas ha de haver un capitan primero
Que todos por él quieran gobernarſe:
Eſte ſerà quien mas un gran madero
Suſtentàre en el hombro ſin pararſe;
Y pues que ſois yiguales en la ſuerte,
Procure cada qual ſer el mas fuerte.

Ningun hombre dejó de eſtar atento
Oyendo del anciano las razones
Y pueſto ya ſilencio al parlamento
Hubo entre ellos diverſas opiniones:
Al fin de general conſentimiento
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los Caciques acordado
Lo propueſto del viejo fuè aceptado.

Podria de alguno ſer aqui una coſa
Que parece ſin termino notada:
Y es que una provincia poderoſa
En la milicia tanto egercitada
De leyes y ordenanzas abundoſa
No huvieſſe una cabeza ſeñalada
A quien tocaſſe el mando y regimiento
Sin allegar a tanto rompimiento.

Refpondo à efto, què nunca fin caudillo
La tierra eftuvo electo del fenado,
Que como dixe en Penco el Aynavillo
Fuè por nueftra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un caftillo
Se dice aùnque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida
Donde acabó fu cargo con la vida.

Pues el madero fubito traido
No me atrevo a decir lo que pafava;
Era un macizo Libano fornido
Que con dificultad fe rodeava;
Paycabi le afferró menos fufrido,
Y en los valientes hombros le afirmava:
Seis horas lo foftuvo aquel membrudo,
Pero llegar a fiete jamas pudo.

Cayocupil al tronco aguija prefto
De fer el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros pueſto
Lo deja a las cinco horas de canfado,
Gualemo lo probó, Joven difpuefto
Mas no pafò de alli y efto acabado.
Angol el gruefo leno tomó luego:
Duró feys horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y quatro horas y media Lebopia,
Que de sufrirle mas no huvo remedio:
Lemolemo siete horas le traya
El qual jamas en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que yá el vigor le fue faltando.

Elicura a la prueba se previene,
Y en sustentar el Libano trabaja:
A nueve horas dejarle le conviene
Que no pudiera mas si fuera paja:
Tucapelo catorce lo sostiene
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruydo.

De los hombros el manto derribando,
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando,
Sobre el fornido asiento lo ponia:
Corre ligero aqui y alli mostrando,
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia a prisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les dava claridad con su salida;
Mostrandose a tal tiempo mas lozana:
Lincoya con la carga no convida
Aunque ya dispuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió alli persona en tanta gente
Que no quedase atonita de espanto,
Creyendo no haver hombre tan potente
Que la pesada carga suffra tanto:
La ventaja le davan juntamente
Con el govierno mando y todo quanto
A digno general era debido
Hasta alli justamente merecido

Ufano andaba el barbaro contento
De haverse mas que todos señalado,
Quando Caupolican a aquel asiento
Sin gente a la ligera havia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltava
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero:
De cuerpo grande y relevado pecho,
Habil, diestro, fortissimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fuè con alegre muestra recebido
(Aunque no sé si todos se alegraron)
El caso en esta suma referido
Por su termino y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se avia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasavase la noche en gran porfia,
Que causó esta venida entre la gente:
Qual se atiene a Lincoya y qual deçia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra havia:
Otros sin apostar dudosamente
Acia el Oriente vueltos aguardaban
Si los Phebeos cavallos asomavan.

Yá la roſada Aurora comenzaba
Las nuves a bordar de mil labores
Ya la uſada labranza deſpertaba
La miſerable gente y labradores:
Y a los marchitos campos reſtauraba
La freſcura perdida y ſus colores
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Quando Caupolican viene a la prueba.

Con un deſdén y mueſtra confiada
Aſiendo del troncon duro y nudoſo,
Como ſi fuera vara delicada,
Se le pone enel hombro poderoſo:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoſo:
La color a Lincoya ſe le muda
Poniendo en ſu vitoria mucha duda.

El barbaro ſagaz de eſpacio andaba,
Yá toda priſa entraba el claro dia;
El ſol las largas ſombras acortaba
Mas el nunca deſcrece en ſu porfia:
Al occaſo la luz ſe retiraba,
Ni por eſto flaqueza en él habia:
Las eſtrellas ſe mueſtran claramente
Y no mueſtra canſancio aquel valiente.

Salió la clara Luna a vér la fiesta
Del tenebroso albugneo humedo y frio
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lobrego y sombrio:
Caupolican no anoja; de su apuesta
Antes con nueva fuerza y major brio
Se mueve y representa de manera
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altissimos ogidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia.
Con que a los mustios prados florecidos
Con el humedo humor reverdecia
Y quedava engastado asi en las flores
Qual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras ván los montes recogiendo
De la vista del sol y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo,
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba a parecer corriendo a priesa.

La Luna ſu ſalida provechoſa,
Por un eſpacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezoſa,
De roſtro, y luz eſcaſa ſe moſtraba:
Paróſe al medio curſo, mas hermoſa,
A ver la eſtraña prueba en que paraba,
Y viendola en el punto, y ſér primero,
Se derribó en el Artico Hemiſfero.

Y el Barbaro en el hombro la gran
viga,
Sin mueſtra de mudanza y peſadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por coſtumbre:
Apolo, en ſeguimiento de ſu amiga,
Tendido havia los rayos de ſu lumbre,
Y el hijo de Leocan en el ſemblante,
Mas firme que al principio, y mas con-
ſtante.

Era ſalido el Sol, quando el enorme,
Peſo de las eſpaldas deſpedia,
Y un ſalto dió, en lanzandole disforme,
Moſtrando que aun mas animo tenia:
El circunſtante pueblo en voz conforme,
Pronunció la ſentencia, y le decia:
Sobre tan firmes hombros deſcargamos,
El peſo y grande carga que tomamos.

El nuevo juego, y pleyto difinido,
Con las mas ceremonias que ſupieron
Por ſumo capitan fuè recebido,
Y a ſu governacion ſe ſometieron;
Creció en reputacion, fuè tan temido,
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que auſentes muchas leguas dél temblaban,
Y caſi como a Rey le reſpectaban.

Es coſa en que mil gentes han parado,
Y eſtan en duda, muchos hoy en dia,
Pareciendoles, que eſto que he contado
Es alguna ficion, a fantaſia;
Pues en razon no cabe, que un Senado,
De tan gran diſciplina, y policia
Puſieſe una eleccion de tanto peſo,
En la robuſta fuerza, y no en el ſeſo.

Sabed que fuè artificio, fue prudencia,
Del ſabio Colocolo, que miraba,
La dañoſa diſcordia, y diferencia,
Y el gran peligro en que ſu patria andaba:
Conociendo el valor, y ſuficientia,
Deſte Caupolican, que auſente eſtaba,
Varon en cuerpo, y fuerzas eſtremado,
De rara induſtria, y animo dotado.

Asi propuso astuta, y sabiamente,
Para que la elecion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente,
En que Caupolicano se exremase:
Y en esta dilacion secretamente,
Dandole aviso a la elecion llegase,
Trayendo asi el negocio por rodeo,
A conseguir su fin, y buen deseo.

Celebraba con pompa alli el Senado,
De la justa elecion la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitan, ya con cuidado,
De dar principio, a alguna grande cosa,
Manda a Palta Sargento, que callado,
De la gente mas presta, y animosa,
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y a su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta,
De mas esfuerzo, y menos conocidos:
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos;
Hombres diestros, usados en afrenta,
A qualquiera peligro apercebidos;
El uno se llamava Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados,
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes, y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe entorno y cierra,
Guarnecidos de platicos soldados
Usados al trabajo de guerra:
Cavallos, bastimento, artilleria,
Que en espesas troneras asistia.

Estava el uno cerca del asiento,
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano egercito contento
Mostrando no tener al mundo en nada;
Que con discurso vano y movimiento,
Queria llevar lo todo a pura espada;
Pero Caupolican mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Havia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino:
Otros que conformado esquadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones
Caupolican en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba
Y a los ochenta barbaros llamaba.

Para entrar el caſtillo facilmente
Les da induſtria y manera disfrazada
Con expreſa inſtruccion que plaza y gente
Metan a fuego y a rigor de eſpada:
Porque él luego tras ellos diligente
Occupará los paſſos y la entrada:
Deſpues de aver los bien amoneſtado
Puſieron en efecto lo tratado.

Era èn aquella plaza y edificio
La entrada a los de Arauco defendida,
Salvo los neceſſarios al ſervicio
De la gente Eſpañola eſtatuida
Ala defenſa della y egercicio,
De la fiera Belona embravecida;
Y aſi los cautos Barbaros ſoldados,
De feno, hierva, y leña ivan cargados.

Sordos a las demandas, y preguntas,
Siguen ſu intento y el camino uſado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Haviendo entre los haces ſepultado,
Haſtas fornidas de ferradas puntas;
Y aſi contra el caſtillo deſcuidado,
Del encubierto engaño, caminaban,
Y en los vedados limites entraban.

El puente, muro, y puerta atravesſ-
ando,
Miſerables, los geſtos affligidos,
Algunos de canſados cojeando,
Moſtrandoſe marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas deſatando,
Arrebatan las armas atrevidos,
Con amenaza, orgullo, y confianza,
De la aſperada y ſubita venganza.

Los fuertes Eſpañoles ſalteados,
Viendo la ayrada muerte tan vezina,
Corren preſto a las armas, alterados
De la eſtraña cautela repentina:
Y a vencer o morir determinados,
Qual con celada, qual con coracina,
Salen a reſiſtir la furia inſana,
De la brava, y audaz gente Araucana.

Aſaltanſe con impetu furioſo,
Suenan los hierros de una y otra parte:
Alli mueſtra ſu fuerza el ſanguinoſo
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deſeoſo,
Buſcava nuevo modo, induſtria, y arte,
De encaminar el golpe de la eſpada
Por dó dieſe a la muerte franca entrada.

La ſaña y el corage ſe renueva
Con la ſangre que ſaca el hierro duro,
Ya la Eſpañola gente a la Jndia lleva,
A dar de las eſpaldas en el muro:
Ya, el infiel eſqũadron, con fuerza nueva,
Cobra el perdido campo mal ſeguro,
Que eſtaba de los golpes esforzados,
Cubierto de armas, y ellos deſarmados.

Viendoſe en tanto eſtrecho los Chri-
ſtianos
De temor y vergüença conſtreñidos,
Las eſpadas aprietan en las manos:
En ira embueltos, y en furor metidos,
Cargan ſobre los fieros Araucanos,
Por el impetu nuevo enflaquecidos,
Entran en ellos, hieren, y derriban,
Y a muchos de cuydado y vida privan.

Siempre los Eſpañoles mejoraban,
Haciendo fiero eſtrago, y tan ſangriento,
En los oſados Jndios, que pagaban,
El poco ſeſo, y mucho atrevimiento:
Caſi defenſa en ellos no hallacan:
Pierden la plaça, y cobran eſcarmiento:
Al fin de tal manera los trataron,
Que fuera de los muros los lanzaron.

A penas Cayeguan, y Talcaguano,
Salian quando con paſo apreſurado,
Aſomó el eſquadron Caupolicano,
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el eſperado efecto vano,
Y el puente del caſtillo levantado,
Pone cerco ſobre él, con juramento,
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un Eſpañol mozo, que avia,
Demaſiado temor en nueſtra gente,
Mas de temeridad, que de oſadia,
Cala ſin miedo, y ſin ayuda el puente;
Y pueſto en medio dél, alto decia:
Salga adelante, ſalga el mas valiente,
Uno por uno a treynta deſafio,
Ya mil no negaré eſte cuerpo mio.

No tan preſto las fieras acudieron,
Al bramar de la res deſamparada,
Que de lejos ſin orden conocieron,
Del pueblo y moradores apartada:
Como los Araucanos quando oyeron
Del valiente Eſpanol la voz oſada,
Partiendo mas de ciento preſuroſos,
Del lance, y cierta preſa codicioſos.

No porque tantos vengan, temor tiene,
El gallardo Eſpañol, ni eſto le eſpanta;
Antes al eſquadron que eſpeſo viene,
Por mejor recebirle ſe adelanta.
El curſo enfrena, el impetu detiene,
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia ſe arroja entre ellos ſin recelo,
Que rodaron algunos por el ſuelo.

De dos golpes a dos tendiò por tierra,
La eſpada revolviendo a todos lados:
Aqui eſparce una junta, y alli cierra,
Adonde vé los mas amontonados:
Igual andava la deſigual guerra,
Quando los Eſpañoles bien armados,
Abriendo con preſteza un gran poſtigo,
Salen ala defenſa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo, y ancho llano,
Al egercicio del ſangriento Marte,
Viene el vando Eſpañol, y el Araucano:
La primera batalla ſe deſparte,
Que era de ciento a un ſolo Caſtellano,
Vuelven el crudo hierro no teñido,
Contra los que del fuerte avian ſalido.

Arrojanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse,
Y con las duras puntas van tentando,
Las partes por do mas pueden dañarse:
Qual los Cyclopes, suelen martillando,
En las Vulcanas yunques fatigarse,
Assi martillan, baten, y cercenan,
Y las Cauernas concauas atruenan.

Andava la vitoria assi igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia havia,
En el numero y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia:
Pero el sobervio Barbaro impaciente,
Viendo que un nuestro a ciento resistia,
Con diabolica furia y movimiento,
Arranca a los Christianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo,
Dejan el campo, y de tropel corriendo,
Se lanzan por las puertas del Castillo,
Al Barbaro la entrada resistiendo:
Llevan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo,
Suben tiros y fuegos a lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ſer todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, o caſi nada,
De voto y de comun conſentimiento,
Su clara deſtruicion conſiderada;
Acuerdan de dejar el fuerte aſiento;
Y aſi en la eſcura noche deſeada,
Quando ſe mueſtra el mundo mas quieto,
La partida puſieron en efeto.

A punto eſtavan, y a cavallo, quando
Abren las puertas, derribando el puente,
Y a los preſtos cavallos aguijando,
El eſquadron enviſten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y ſin hombre perder dichoſamente,
Arriban a Puren, plaza ſegura,
Cobiertos de la noche, y ſombra eſcura.

Mientras eſto en Arauco ſucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino,
Que ala ſazon en Chile florecia,
Fertil de ricas minas de oro fino,
El capitan Valdivia reſidia,
Donde la nueva por el ayre vino,
Que afirmaba con termino aſignado,
La alteracion y junta del Eſtado.

El comun, ſiempre amigo de ruydo,
La libertad y guerra deſeando,
Por ſu parte alterado y removido;
Se va con eſte ſon deſentonando:
Al ſervicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga y levantando,
La ſobervia cerviz deſvergonzada,
Negando la obediencia a Carlos dada.

Valdivia perezoſo, y negligente,
Incredulo, remiſo, y deſcuidado,
Hizo en la concepcion copia de gente,
Mas que en ella, en ſu dicha confiado:
El qual, ſi fuera un poco diligente,
Hallava en pie el caſtillo arruinado;
Con, ſoldados con armas, municiones,
Seis piezas de campaña, y dos cañones.

Tenia con la imperial concierto hecho,
Que alguna gente armada le embiaſe,
La qual a Tucapel fueſe derecho,
Donde con él a tiempo ſe juntaſe:
Reſoluto en hacer alli de hecho,
Un egemplar caſtigo, que ſonaſe,
En todos los confines de la tierra,
Porque jamas moviesen otra guerra.

Pero dejò el camino provechoſo,
Y deſcuydado dél, torciò la via,
Metiendoſe por otro codicioſo,
Que era donde una mina de oro havia,
Y de ver el tributo, y don hermoſo,
Que de ſus ricas venas ofrecia:
Parò de la codicia embarazado,
Cortando el hilo proſpero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba,
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloſo que ſacaba
Le tuvo a tal ſazon embevecido:
Deſpues ſaliò de alli, y ſe apreſuraba,
Quando fuera mejor no aver ſalido,
Quiero dar fin al canto, porque pueda,
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO TERCERO.

Valdivia con pocos Españoles, y algunos Indios amigos, camina a la casa de Tucapel, para hacer el castigo. Matanle los Araucanos los corredores en el camino, en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la qual fuè muerto, él y toda su gente, por la gran valentia y esfuerzo de Lautaro.

O incurable mal, o gran fatiga,
Con tanta diligencia alimentada,
Vicio comun, y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho, y bien publico enemiga,
Sedienta bestia, hidropica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
O insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado a los señores,
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni a pobrezillos bajos labradores,
Libres desta dolencia conocemos:
Ni el deseo y ambicion de ser mayores,
Que tenga fin y limite sabemos:
El fausto, la riqueza, y el estado,
Hincha, pero no harta al mas remplado.

A Valdivia mirad; de pobre enfante,
Si era poco el estado que tenia,
Cinquenta mil vasallos, que delante,
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto, y aun mucho mas no era bastante,
Y asi la hambre alli lo detenia:
Codicia fue ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fuè, quien halló los apartados
Indios, de las Antarticas Regiones:
Por esta eran sin orden trabajados,
Con dura impusicion y vexaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados,
Buscaron modo, y nuevas invenciones,
De libertad con aspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Quan cierto es, como claro conocémos,
Que al doliente en ſalud, conſejos damos,
Y aprovecharnos dellos no ſabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos,
Quando en la ſoſegada paz nos vemos.
Que bien la dura guerra platicamos!
Que bien damos conſejos y razones,
Lejos de los peligros y ocaſiones!

Como de los que yerran abominan,
Los que eſtan libres en ſeguro puerto!
Que bien de alli las coſas encaminan,
Y dan en todo un medio, y buen concierto!
Con que facilidad ſe determinan,
Viſto el ſucceſo, y daño deſcubierto!
Dios ſabe aquel que a la derecha via,
Metido en la ocaſion acertaria.

Valdivia iba ſiguiendo ſu jornada,
Y el duro diſponer del hado duro,
No con la furia y prieſa acoſtumbrada,
Preſago, y con temor del mal futuro:
Soſpechoſo de barbara emboſcada,
Por hacer el camino mas ſeguro,
Echó algunos delante para prueba,
Pero jamas bolvieron con la nueva.

Viendo los nueſtros ya que al plazo
puèſto,
Los tardos corredores no volvian,
Vnos juzgan el daño manifieſto,
Otros impedimentos les ponian:
Huvo conſejo y parecer ſobre eſto,
Al cabo en caminar ſe reſolvian,
Ofreciendoſe todos a una ſuerte,
A un miſmo caſo, y a una miſma muerte.

Aunque el temor alli tras eſto vino,
En ſus valientes brazos ſe atrevieron,
Y a ſu proſpera ſuerte, y buen deſtino,
El dudoſo ſuceſo cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron,
De los ſangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo eſpectaculo preſente,
Causò en los firmes animos mudanza;
Antes con gran ardor furioſamente,
Se encienden mas ſedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente,
Maldicen, y murmuran la tardanza,
Solo Valdivia calla, y teme el punto,
Pero rompiò el ſilencio, y pena junto.

Diciendo: o compañeros, dó ſe encierra,
Todo esfuerzo, valor, y entendimiento,
Ya veys la deſuergüenza de la tierra,
Que en nueſtro daño, da vandera al viento:
Veis quebrada la fè, rota la guerra,
Los pactos van del todo en rompimiento,
Siento la aſpera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabolico encendido.

Bien conoceis la fuerza del eſtado,
Con tanto daño nueſtro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado,
Guiando con ſu mano vueſtra eſpada:
El trabajo y la ſangre que ha coſtado,
Que della eſtá la tierra alimentada:
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Sera bueno tomar nuevo conſejo.

Quien eſtos ſon, tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos;
Que ſi dellos no huvieſemos vitoria,
Y en campo no puediſemos vencellos:
Será tal ſu arrogancia y vana gloria,
Que el mundo no podrá deſpues con ellos:
Dudoſo eſtoy, no ſé no ſé que haga,
Que à nueſtro honor y cauſa ſatisfaga.

La poca edad y menos experiencia,
De los mozos livianos que alli havia,
Descubrió con la usada inadvertencia,
A tal tiempo su necia valentia,
Diciendo: o capitan da nos licencia,
Que solos diez sin otra compañia,
El vando asolaremos Araucano,
Y haremos el camino, y paso llano.

Lo que jamas hizimos en estrecho,
No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
Pues es cierto que quanto havemos hecho,
Volviendo atras un paso lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él està la gloria, que buscamos.
Valdivia de la replica sentido,
Enmudeció de rabia y de corrido.

O Valdivia varon acreditado,
Quanto la verde platica sentiste!
No solias tu temer como soldado,
Mas de buen capitan ora temiste:
Vas a precisa muerte condenado,
Que como diestro, y sabio la entendiste,
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto a caso, llega un Indio amigo,
Y a sus pies en voz alta arrodillado
Le dice: O capitan, mira que digo,
Que no pases el termino vedado:
Veynte mil conjuràdos, yo testigo,
En Tucapel, te esperan, protestado,
De pasar sin temor la muerte honrosa,
Antes que vivir vida vergonzosa.

Alguna turbacion diò de repente,
Lo que el amigo Barbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio seles puso:
Però el gobernador osadamente,
Que tambien hasta alli estaba confuso,
Les dice: Cavalleros, que dudámos,
Sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con animo hiriendo,
Sin mas les persuadir, rompe la via,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañia:
Y en breve espacio el valle descubriendo,
De Tucapel, bien lejos parecia,
El muro antes vistoso, y levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia, aquì parò, y dixo: „O constante
Eſpañola nacion de confianza!
Por tierra eſtà el caſtillo tan pujante,
Que en él solo eſtrivaba mi eſperanza:
El pérfido enemigo veis delante,
Ya os amenaza la contraria lanza;
En eſto mas no tengo que aviſaros,
Pues ſolo el pelear puede ſalvaros.“

Eſtaba como digo aſì hablando
Que aun no acababa bien eſtas razones,
Quando por todas partes rodeando
Los iban con eſpeſos eſqüadrones,
Las haſtas de anchos hierros blandeando,
Gritando: „engañadores y ladrones,
La tierra dejaréis hoy con la vida
Pagándonos la deuda tan debida.“

Viendo Valdivia ſerle ya forzoſo,
Que la fuerza y fortuna ſe probaſe,
Mandò que al eſquadron menos copioſo
Y mas vecino, afin que no cerraſe,
Salieſe Bovadilla el qual furioſo,
Sinque Valdivia mas le amoneſtaſe,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Aſalta el eſquadron de Mareande.

La pigueria del bárbaro calada
A los pocos ſoldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo ſe deſvia:
Dales ſin reſiſtir franca la entrada,
Y en medio el eſqüadron los recogia,
Las hileras abiertas ſe cerraron,
Y dentro a los Chriſtianos ſepultaron.

Como el cayman hambriento quando ſiente
El eſqüadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara entorno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allì el peſcado, y apretando
Las cóncavas quixadas lo deshace,
Y al inſaciable vientre ſatisface:

Pues de aquella manera recogido
Fue el pequeño eſqüadron del homicida,
Y en un eſpacio breve conſumido
Sin eſcapar Chriſtiano con la vida.
Va el Araucano exército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran eſtruendo y paſos ordenados
Cerraba ſin temor por todos lados.

La esqüadra de Mareande encarnizada,
Tendia el pasò con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escàramentado manda a su Sargénto
Que escogiendo la gente mas granada
Dè sobre ella con recio movimiento;
Pero diez Españoles solamente
Pusieron a la muerte osada frente.

Contra el esqüadron bárbaro impor-
tuno
Jr se dexan sin miedo a rienda floxa,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dexò alli de sacar la lanza roxa:
Desocupò la silla solo uno,
Que con la vasca y última congoxa
De la rabiosa muerte el pecho abierto
Sobre la llaga, en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados:
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto la Española trompa oyda
Diò la postrer señal de arremetida.

Salen los Españoles de tal ſuerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de quatro eſqüadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los barbaros por eſto no ſe admiran,
Antes cobran el campo, y los retiran.

Sobre la vida y muerte ſe contiende,
Perdone Dios a aquel que allì cayere,
Del un vando y del otro aſì ſe ofende
Que de ambas partes mucha gente muere;
Bien ſe eſtima la plaza y ſe defiende,
Volver un paſo atràs ninguno quiere,
Cubre la roxa ſangre todo el prado
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneſes reteñian,
Y las vivas entrañas eſcondidas
Con carniceros golpes deſcubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital eſpíritu tenian,
Por el ſangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroſo
Todo en color de ſangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioſo;
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno alli pretende otro repoſo
Que el último repoſo de la muerte,
El mas medroſo atiende con cuidado
A ſolo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin preſente
Crió en los nueſtros fuerza tan eſtraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los Araucanos la campaña:
Alfin dan las eſpaldas claramente,
Suenan vozes: vitoria, Eſpaña, Eſpaña;
Mas el incóntraſtable y duro hado
Diò un eſtraño principio a lo ordenadò.

Un hijo de un Cacique conocido
Que a Valdivia de page le ſervia,
Acariciado dél y ſavorido
En ſu ſervicio a la ſazon venia:
Del amor de ſu patria comovido
Viendo que a mas andar ſe retraía,
Comienza a grandes voces animarla
Y con tales razones a incitarla:

„ O ciega gente del temor guiada!
A dò volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aqui perece y todos vueſtros hechos.
La fuerza pierden hoy jamas violada
Vueſtras leyes, los fueros y derechos:
De ſeñores, de libres, de temidos,
Quedais ſiervos, ſugetos y abatidos."

„Manchais la clara eſtirpe y decendencia,
Y enxeris en el tronco generoſo
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo ignominioſo:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del haliento, y el fogoſo
Latir de los caballos las hijadas
Llenas de ſangre y de ſudor bañadas."

„No os deſnudeis del hábito y coſtumbre,
Que de nueſtros abuelos mantenemos,
Ni el Araucano nombre de la cumbre
A eſtado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y ſervidumbre,
Al duro hierro oſado pecho demos:
Por què moſtrais eſpáldas esforzadas
Que ſon de los peligros reſervadas?"

„Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y trope miedo os va turbando,
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando:
Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
Que os está el hado prospero llamando:
Alomenos fijad el pie ligero,
Vereis como en defensa vuestra muero. "

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su senor blandia,
Dando de sì gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia;
Y entre el hierro Español asì se lanza,
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Saliò el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo a otro soldado,
En él la fuerte pica fue rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera hasta luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destronca, y echa a tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y alli va tan liviano
Que hieren por herirle el ayre vano.

De quién prueba se oyò tan espantosa,
Ni en antigua escrituria se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase a la contraria del vencido?
Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro mochacho haya podido
Arebatar por fuerza a los Christianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola, y Leonídas,
Dieron muestra de sì tan senalada:
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva, y Dentato.

Decidme eſtos famoſos què hicieron
Que al hecho deſte bárbaro igüal fueſe?
Què empreſa, o què batalla acometieron
Que alomenos en duda no eſtuvieſe?
A què riesgo y peligro ſe puſieron
Que la ſed del reynar no los movieſe?
Y de intereſes grandes inſiſtidos
Que a los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañoſos,
Y ſe ofrecen con animò a la muerte
De fama y vanagloria codicioſos
Que no ſabèn ſufrir un golpe fuerte:
Moſtrandoſe conſtantes y animoſos
Haſta que ven ya declinar ſu ſuerte,
Faltandoles valor y esfuerzo a una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Eſte el decreto y la fatal ſentencia
Encontra de ſu patria declarada
Turbò y reduxo a nueva diferencia,
Y alfin baſtò a que fueſe révocada:
Hizo a fortuna y hados reſiſtencia,
Forzò ſu voluntad determinada,
Y contraſtò el furor del vitorioſo
Sacando vencedor al temeroſo.

Estaba el suelo de armas ocupado
Y el desigüal combate mas revuelto,
Quando Caupolicáno reportado
A las amigas voces habia vuelto:
Tambien havian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Qual suele acontecer a los de honrosos
Animos de repente inadvertidos,
O quando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados:

Asi los Araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allì derriba a Paynaguála
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicáno le señala
Dejandole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fue al derecho,
Pues quedò por dedentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tràs éste otro tendiò desfigurado
Tanto que nunca mas fue conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzò, quedò molido:
Valdivia con Ongólmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido,
Hiere Valdivia a Ongólmo en una mano
Haciendo el Araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongólmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton mozo animoso
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reynoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El qual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse ésta batalla, porque quando
Valdivia llegò adonde combatia,
Parte acudiò del Araucano vando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuese el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria,
Sube el alto rumor a las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el ayre de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quien busca y solo quiere un fin honroso,
Quien a los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Cudiel no le fue sano
El tenerse en la lucha por maestro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerrò con Guaticòl no menos diestro,
Y en aquella sazon Puren su hermano
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida.
Por dò la muerte entrò y saliò la vida.

Andres de Villarroel ya enflaquecido
Por la falta de ſangre derramada
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada:
Tambien Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puſo junto dél; y aſi la ſuerte.
Los hizo a un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable,
Del número infiel al bautizado,
Es él un eſqüadron inumerable,
El otro haſta ſeſenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable
Que dudoſa haſta entonces havia eſtado,
Aprobò la maldad y diò por juſta
La cauſa y opinion haſta allì injuſta.

Dos mil amigos bárbaros ſoldados
Que el vando de Valdivia ſuſtentaban
En el flechar del arco exercitados,
El ſangriento deſtrozo acrecentaban;
Derramando mas ſangre y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la Eſpañola gente no vencida
En quanto ſuſtentar pudo la vida.

Quando de aqueſte y quando de aquel
canto
Moſtraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo quanto
Pudiera hacer el poderoſo Marte:
No baſta a reparar él ſolo tanto,
Que falta de los ſuyos la mas parte:
Los otros aunque ven ſu fin tanto cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo,
Iba la deſangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin preſente:
Fueſe el número flaco reſumiendo,
En catorce ſoldados ſolamente,
Que conſtantes rendir no ſe quiſieron
Haſta que al crudo hierro ſe rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaſo allí venia,
Y viendo aſi ſu campo deſtrozado,
El mal remedio y poca compañia,
Dixo: pues pelear es eſcuſado
Procuremos vivir por otra via:
Pica en eſto al caballo a toda priſa
Trás él corriendo el clérigo de Miſa.

Qual ſuelen eſcapar de los monteros
Dos grandes javalís fieros cerdoſos,
Seguidos de ſolícitos raſtreros,
De la campeſtre ſangre codicioſos,
Y ſalen en ſu alcance los ligeros
Lebreles Irlandeſes generoſos;
Con no menor codicia y pies livianos
Arrancan tràs los míſeros Chriſtianos.

Tal tempeſtad de tiros, ſeñor, lanzan
Qual el turbion que granizando viene:
Enfin a poco trecho los alcanzan,
Que un paſo cenagoſo los detiene;
Los bárbaros ſobre ellos ſe abalanzan,
Por valiente el poſtrero no ſe tiene:
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron a Valdivia ante el Senado.

Caupolicán gozoſo en ver le vivo
Y en el eſtado y término preſente,
Con voz de vencedor y geſto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia como miſero cautivo
Reſponde, y pide humilde y obediente,
Que no le dè la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz ſegura.

Cuentan que eſtuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel conſejo;
Mas un pariente ſuyo empedernido
A quien él reſpetaba por ſer viejo,
Le dice: por dar credito a un rendido
Quieres perder tal tiempo y aparejo?
Y apuntando a Valdivia en el celebro
Descarga un gran baſton de dura enebro.

Como el dañoſo toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo eſtà bramando
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le eſtà mirando:
Y el dieſtro carnicero exercitado,
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo deciende
Y muerto eſtremeciendoſe le tiende:

Aſì el determinado viejo cano
Que a Valdivia eſcùchaba con mal ceño,
Ayudandoſe de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano
Que a Valdivia entregò al eterno ſueño,
Y en el ſuelo con ſúbita caída
Eſtremeciendo el cuerpo diò la vida.

Llamabase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicàn dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fue del exército rogado:
Saliò el viejo de aquello alfin barato,
Y el destrozo del todo fue acabado;
Que no escapò Christiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allì vieron el fin de la reñida
Guerra y puestos en salvo lo dixeron,
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
A mas andar à la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo:
Quando la vencedora compañia
Arrimadas las armas sin recelo
Danzas en anchos cercos ordenaban,
Donde la gran vitoria celebraban.

Fue la nueva en un punto discurriendo
Por todo el Araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubriò de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mugeres
Partícipes en todos los placeres.

Quando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos arboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenian,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de Españoles cuerpos dividian,
Los troncos de su rama despojados,
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino asì aumentò el atrevimiento
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era alli la opinion generalmente
Que ſin tardar doblando las jornadas,
Partieſe un grueſo numero de gente
A dar en las ciudades deſcuidadas,
Que tomadas de ſalto y de repente
Serían con ſolo el miedo arruinadas,
Y la patria en ſu honor reſtituida
No dejando Chriſtiano con la vida.

Y dado orden baſtante y eſto hecho,
Para acabar de executar ſu ſaña
Con gran poder y exército de hecho
Querian paſar la vuelta de la Eſpaña:
Penſándola poner en tanto eſtrecho
Por fuerza de armas pueſtos en campaña,
Que fueſen cultivadas las Ibéras
Tierras de las naciones eſtrangeras.

El hijo de Leocáno bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como dieſtro y ſabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo eſpera y la ſazon atiende
Que eſtèn mejor diſpueſtos a tratarlo:
La fieſta era acabada y borrachera,
Quando a todos los habla en tal manera,

„Menos que vos, Señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria yo defiendo
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender a que pudiendo
Ganar, no se aventure perder naha;
Y asì con èste celo y fin procuro
No poner en peligro lo seguro.

„Tomad con discrecion los pareceres
Que van a la razon mas arrimados,
Què s cobrar vuestros hijos y mugeres
Està en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
A punto estàn de ser recuperados,
Que el tiempo que es el padre del consejo
En las manos nos pone el aparejo."

„A Valdivia y los suyos haveis muerto
Y una importante plaza destruido,
Venir a la venganza serà cierto.
Luego que en las ciudades sea sabido:
Demos al enemigo el paso abierto,
Esto asegura mas nuestro partido:
Vengan, vengan con furia a rienda suelta:
Que dificil serà despues la vuelta."

„La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes, ásperos y duros:
Mejor pelean aqui los Araucanos,
Españoles mejor dentro en sus muros;
Qualquier hombre en su casa acometido
Es mas sabio, mas fuerte y atrevido."

„Esto os vengo a decir, porque se entienda
Quanto con mas seguro acertaremos
Para poder tomar la justa enmienda,
Que en sitios escogidos esperémos:
Donde no habrà en el mundo quien defienda
La razon y derecho que tenemos;
Quando temor tuviesen de buscarnos
A sus casas irémos a alojarnos."

Con atencion de todos escuchada
Fuè la oracion que el General hacia,
Siendo de los mas dellos aprobada
Por ver que a su remedio convenia:
La gente ya del todo sosegada
Caupolicàn al joven se volvia,
Por quien fuè la vitoria ya perdida.
Con milagrosa prueba conseguida.

„Por darle mas favor le tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciendole: „O varon que has estendido
El claro nombre y limite Araucano!
Por tì ha sido el estado redimido,
Tu le sacaste del poder tirano,
A tì solo se debe esta vitoria
Digna de premio y de inmortal memoria.“

„Y señores, pues es tan manifiesto
(Esto dixo volviendose al Senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que asì el valiente mozo era llamado)
Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque a tal deuda insuficiente,
Le hago Capitan y mi Teniente.“

„Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obràs sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga a recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere;
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparè la entradà de Elicúrà,
Aguardando la misma coyuntura.“

Del grato mozo el cargo fue acetado
Con el favor que el General le daba:
Aprobólo el comun aficionado,
Si a alguno le pesò no lo mostraba:
Y gran el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicàn le trasquilaba,
Dejandole el copete en trenza largo
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto.
De gran consejo, termino y cordura,
Manso de condicion, y hermoso gesto,
Ni grande, ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte travazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por èl las fiestas fueron alargadas,
Exercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas
Danzas de noche entórno de los fuegos:
Havia precios y joyas señaladas,
Que nunca los Troyanos, ni los Griegos
Quando los juegos mas continuaron
Tan ricas y estimadas las sacaron.

„Llegò a Caupolicàn estando en esto
Un bárbaro turbado sin haliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciendole: „Senor socorre presto,
Tu campo es roto, y cierto el perdimiento,
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada."

„Por tierra de Elicúra son bajados
Catorce valentisimos guerreros,
De corazas finisimas armados
Sobre caballos prestos y ligeros:
Por estos solos son desbaratados
Dos esqüadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso
Partì corriendo a darte dello aviso."

Caupolicàn con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Alcabo era imposible que escapase:
Y con la diligencia acostumbrada
Mandò al nuevo Teniente que guiase
Con la mas presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una esqüadra no suficiente,
Marcha con tanta prisa codicioso
De ganar opinion entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio darà dello la historia;
Pero acabar el Canto me parece;
Que a decir tan gran cosa no me atrevo,
Sinò es con nuevo haliento y Canto nuevo.

CANTO QUARTO.

Vienen catorce Eſpañoles por concierto, a juntarſe con Valdivia en la Fuerza de Tucapel: hallan los Indios en una emboſcada con los quales tuvieron un porfiado rencuentro: llega Lautáro con gente de refreſco, mueren ſiete Eſpañoles, y todos los amigos que llevaban: eſcapanſe los otros por una gran ventura.

Quan buena es la juſticia y que importante!
Por ella ſon mil males atajados.
Que ſi el rebelde Arauco eſtà pujante
Con todos ſus vecinos alterados,
Y paſa ſu furor tan adelante,
Fue por no ſer a tiempo caſtigados:
La llaga que al principio no ſe cura
Requiere alfin mas áſpera la cura.

Que no es virtud; mas vicio y negligencia
Quando de un daño otro mayor se espera
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que a cada paso
Trayga el hierro en la mano la justicia,
Sinò segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia:
Pues vemos claro en el presente paso
Que alcabo corrompida de avaricia
Diò a la maldad lugar que se arraygase,
Y en los animos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento:
Y como aquel que con injusta mano
Sin término, sin causa y fundamento
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

No faltàra materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aqui curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirà y no mi escritura,
Que quiza la tendràn por sospechosa:
Solo dirè que es opinion de sabios
Que adonde falta el Rey sobran agravios.

Pero a nuestro propósito tornando
Dejarè de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros esquadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fue hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y asì digo que aquel que le leyere
En que fue de los grandes se resuma:
Dirè quanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda serà una breve suma,
Y los nombres tambien de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortes, Cordova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego Garcia Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
Con el qual es el número acabado;
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igüal en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los qüe venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo imperial partido havian
Sin saber que Valdivia fuese muerto:
Por la alta cuesta de Purên subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Senal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra està alterada
Y que de gentes hacen llamamiento,
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudò el temor el firme intento:
La fresca y nueva Aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retrahian
Quando el Lycureo valle descubrian.

Aquì eſtaban los Indios emboſcados
Eſperando a los nueſtros ſi vinieſen
Por cogerlos ſin orden deſcuidados,
Antes que del peligro ſe advirtieſen;
De un bosque a mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos eſtuvieſen,
Haſta que inadvertidos del engaño
Pudieſen a ſu ſalvo hacer el daño.

Los catorce Eſpañoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros eſtaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nueſtros con el bosque aun no igüalaban
Quando los Indios ſúbito ſonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los paſos ocuparon y caminos.

En cazador no entrò tanta alegria,
Quando mas ſin penſar la liebre echada
De ſúbito por medio de la via
Salta de entre los pies alborotada;
Quando causò la mueſtra y voceria.
Del vecino eſqüadron de la emboſcada
A nueſtros Eſpañoles, que al inſtante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los Eſpañoles no pararon
Haſta de parte a parte atraveſalla;
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin a la batalla
Con mas valor y esfuerzo que eſperanza,
Viſta de los contrarios la pujanza.

De tres dos eſqüadrones deſviados
El paſo les cercaron y huida,
Viéndoſe aſi de bárbaros cercados
Pienſan abrir por ellos la ſalida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una eſqüadra dellos fue rompida,
Volvieron a ſus pueſtos recogidos
Quedando deſta vuelta mal heridos.

Dos veces envistieron deſta ſuerte
Las cerradas eſqüadras tropellando;
Mas viéndoſe cercanos a la muerte
Proſiguen ſu derrota, enderezando
Al deſolado ſitio y Caſafuerte,
A dieſtro y a ſinieſtro derribando,
Que los Indios entre ellos van mezclados
Hiriendoles tambien por todos lados.

Eſtréchaſe el camino de Elicúra
Por la pequeña falda de una ſierra,
La cauſa y la razon deſta angoſtura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nueſtros eſto fué ventura,
Pues ſiguen ſu jornada haciendo guerra,
Que ſolo un Eſpañol que atràs venia
La bárbara arrogancia reſiſtía.

Ellos que iban aſì por una eſpeſa
Mata, al calar de un áſpero collado
Ven un Indio ſalir a toda prieſa
El veſtido y el roſtro demudado,
El qual en el camino ſe atravieſa,
Y del ſeno ſacò un papel cerrado,
Que Juan Gomez de Almagro el propriodia
Dando aviſo a Valdivia eſcrito havia.

El miſmo menſagero ven lloroſo
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia al ſuceſo laſtimoſo
Les dixo y lo demàs acontecido,
Y que el caſtillo el bárbaro furioſo
Le havia por los cimientos deſtruido:
Viendo el remedio y preſupueſto vano
Tomaron à la dieſtra un ſitio llano.

Era el ſitio de lo mas rodeado,
Aunque por éſta ſenda y paſo abierto,
Del Eſte, Norte, Oeſte eſtà abrigado,
Y el Sur le hiere caſi en deſcubierto:
Por dò ſeguido va el camino uſado
De los ligeros bárbaros cubierto
En eſpacioſa hila prolongada
Sedientos de la ſangre bautizada.

Tras los nueſtros los bárbaros ſaliendo
En el llano aſimiſmo repararon,
Y la gente eſparcida recogiendo
Dos grueſos eſqüadrones reformaron:
Los catorce Eſpanoles conociendo
Que era mejor romper ſe aparejaron:
Mueven los eſqüadrones concertados
Por el fuerte Lincóya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos inſtru-
mentos
Alto eſtruendo, alaridos deſdeñoſos
Salen los fieros bárbaros ſangrientos
Contra los Eſpañoles valeroſos,
Que convertir eſperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgulloſos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente encontra les parece.

Aunque allí un Eſpañol disfigurado,
Que yo no digo aquì qual dellos era,
Dixo viendo tan poca gente al lado:
„O ſi nueſtro eſqüadron de ciento fuera!“
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo reſponde: „a Dios plu-
guiera“
Fueramos ſolos doce y dos faltáran,
Que doce de la fama nos llamáran.“

Los caballos en eſto apercibiendo
Firmes y recogidos en las ſillas
Sueltan las riendas, y los pies batiendo
Parten contra las bárbaras qüadrillas:
Las poderoſas lanzas requiriendo,
Afiladas en ſangre las cuchillas,
Llamando en alta voz a Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el ſuelo.

Calan de fuerte freſno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la ſuerte que ſuelen las eſpigas
Derribarſe al furor del recio viento:
No baſtaron las armas enemigas
Al ímpetu Eſpañol y movimiento;
Que los nueſtros rompieron por un lado
Dejando el eſqüadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero vando
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enhastadas
Puestas encontra de la ayrada gente,
A que no se mezclasen igüalmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros a vencer acostumbrados
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados:
De llamas los arneses encendidos
Con gran fuerza y presteza golpeados
Formaban un rumor, que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez presu-
miendo
Imitar al de Cordova famoso,
Iba por el exército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara conociendo
Que vencer o morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente ſoldado de Eſcalona
La riguroſa eſpada exercitando
Aventura y ſeñala ſu perſona,
Mil bárbaros valientes ſeñalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los ſuyos con gran prieſa y mayor ira
Los caſtiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Cordova ſe llama
Mozo de grande esfuerzo y valentia
Tanta ſangre Araucana alli derrama,
Que hizo cien viudas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegria;
Que alfin ſon las mugeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortes y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero eſtrago y cruda guerra,
Moran, Gomez de Almagro, y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
El Herrero como hombre acoſtumbrado
Y dieſtro en golpear, mata y atierra:
Pues Nereda tambien que era maeſtro
Hiere, derriba a dieſtro y a ſinieſtro.

Como si fueran a morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y colera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan:
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshevillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el ayre atruena el son de las espadas.

Lincóya combatiendo y derribando
Aníma con hervor los esqüadrones,
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones:
Cortes un golpe suyo reparando
La cabeza inclinò entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto
Suelto el freno corriendo a campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido
Acà y allà el caballo le traía;
Pero tornando luego en ſu ſentido
Vergonzoſo las riendas recogia:
Vuelve a buſcar a aquel que le ha herido,
Y al punto que mirò le conocia,
Que al mayor Araucano que allì andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
Que moſtraba animando allì ſu gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que eſgrime la maza dieſtramente:
Como el ſuelto lebrel por la maleza
Se arroja al javalì fiero y valiente,
Aſì aſalta Cortes al Araucano
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al travès le hiriò por un coſtado
No le valiendo el coſelete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
que mudára un peñaſco o fuerte muro:
Paſa recio el caballo eſpoleado,
Y Cortes de Lincóya ya ſeguro
Por medio de la eſpeſa eſqüadra hiende,
Y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo a cuerpo combatia
Con el joven Guacòn ſoldado fuerte;
Pero preſto la lid ſe decidia,
Que poco ſe moſtrò neutral la ſuerte:
De un golpe Almagro al bárbaro heria,
Por donde una ancha puerta abrió a la muerte,
Sale della de ſangre roja un rio,
Y ocupa el deſangrado cuerpo el frio.

Ayrado Caſtañeda en la batalla
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaſo a Narpo a la derecha halla,
Y allì la riguroſa eſpada tiende:
No le valiò el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende,
Que la furioſa punta no calaſe,
Y el cuerpo del eſpíritú privaſe.

La gente una con otra ſe embravece,
Crece el hervor, corage y la revuelta,
Y el rio de la corriente ſangre crece
Bárbara y Eſpañola toda envuelta:
Del grueſo haliento el ayre ſe eſcurece,
Alguna infernal furia andaba ſuelta,
Que por llevar a tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el tesòn entre ellos ha durado
Que espanta como alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:
El sòl habia en su curso declinado
Quando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igüalmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el halientoy fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Quando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos;
Que se van poco a poco retirando
Rostro a rostro con pasos perezosos
Cubièrtos de un humor y espeso haliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento.

Los dos puestos asì se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamas las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente a frente careados:
Ambos a un mismo tiempo repararon
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirabanſe del uno y otro vando
En el ſitio y contrario alojamiento
Cubiertos de agua y ſangre hijadeando,
Que no pueden hartarſe del haliento:
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al freſco viento
Que con templados ſoplos reſpiraba
Mitigando del ſol la fuerza brava.

Y deſde allì con lenguas injurioſas
A falta de las manos ſe ofendian,
Diciendoſe palabras afrentoſas
La muerte con rigor ſe prometian:
Y a vueltas deſto flechas peligroſas
Los enemigos arcos deſpedian;
Que aunque el haliento y fuerzas les faltaba
El rabioſo rencor las arrojaba.

Yo no ſè de qual brazo deſcanſado
Una flecha con ímpetu ſaliendo,
A manera de rayo arrebatado
El ayre con rumor iba rompiendo:
Tocò en ſoſlayo a Cordova en un lado,
Y la furioſa punta no prendiendo
Torció a Moran el curſo, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y
fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido;
Pero Moran gritó: „no estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
A vencer quantos veis que estan delante.“

Pica el caballo temerariamente
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en esqüadron estaba reformado;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincóya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movi-
miento
Sobre la cumbre de una verde lóma
Tendidas las vanderas por el viento
Lautaro con la presta gente asoma:
Como quando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acà y allà feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo:

Lautaro asì veloz por un repecho
Bajaba enderezando a los de Espaňa,
Pensando èl solo dar fin a aquel hecho
Sinò le desamparan la campaňa:
Delante de su génte va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaňa,
Solos catorce esperan hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Quatro mil sobrevienen vitoriosos,
Apiňados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran:
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: mueran, mueran;
Y el Lincoyano exército animado
Tambien acometiò por otro lado.

Lanzaron los caballos los Christianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descancados Araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos pies a prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niňo tocò la blanca arena
Baňándola de sangre en larga vena:

Atravesóle el cuerpo la herida,
Aunque en atribuirla hay desconcierto,
Unos dicen que Angòl fue el homicida,
Otros que Leucotòn, y esto es mas cierto;
Qualquier dellos que fue, de gran caida
Pero Niño quedò en el campo muerto
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fue del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
A los pies de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los pies apresurando
De un golpe derribò fuera de tino
A Nereda que en guerras era experto:
Cortès de muy herido cayò muerto.

Tras èl al suelo fue Diego Garcia
De una llaga mortal abierto el pecho:
De otro golpe Escalona se tendia,
Que Tucapèl le acierta por derecho:
Los demas Españoles en la via
(Considere quien ya se vio en estrecho)
Con quanta priesa baten las hijadas
De los lasos caballos, desangradas.

El fiero Tucapèl haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra
Gallardo por encima dellos salta:
Topa a Almagro y con èl ligero cierra
En los pies levantado y la maza alta,
Que sobre èl derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

O fue mal tiento, o furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro a la cabeza señalaba
Y a dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa o blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fue su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras èl iba,
El qual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
Que el golpe segundaba Tucapelo,
Y por poco con èl diera en el suelo.

Con el ginete eſtribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de paſada,
Y quanto cinco paſos, o mas trecho
Lo lleva ácia adelante por la eſtrada:
Brama el bárbaro ardiendo de deſpecho,
Víbora no ſe vió mas enconada,
Ni piſado eſcorpion vuelve tan preſto
Como el Indio volviò el ayrado geſto.

Muda el intento, muda la ſentencia
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furioſa maza e impaciencia
Al triſte Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda ſu potencia;
Mas el preſto caballó ſe deſvia:
Tucapèl de furioſo el tiro yerra.
Y el ferrado troncon metiò por tierra.

No eſcapò Maldonado de la muerte,
Que al punto llega el bravo Lemolémo
Con un largo baſton ñudoſo y fuerte
A manera de corvo y grueſo remo:
Y un golpe le ſenala de tal ſuerte
Que no le errò el ferrado y duro extremo,
Ni celada preſtò de eſtofa llena,
Que los ſeſos ſaltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa
El ayre y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fue ocupando:
Salta Aquilon con furia procelosa
Los arboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera bateria,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañia:
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera harmonia:
Asì el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El, Araucano exercito revuelto
Por acà y por allà se derramaba:
Crece la tempestad horrenda tanto
Que a los mas esforzados puso espanto.

De Iuan Gomez la próſpera ventura
Hizo que al punto el cielo ſe cerraſe,
Y la tiniebla de la noche eſcura
Gran rato en ſu favor ſe anticipaſe:
Turbado ſe metiò en una eſpelura
Haſta tanto que el ìmpetu paſaſe
De aquella gente bárbara furioſa,
De la Eſpanola ſangre codicioſa.

Quando viò en ſu violencia el torvellino
Y que èl podia ſalir mas encubierto,
El bosque dexa y toma ſu camino
Que el temor ſe le mueſtra bien abierto:
Cayendo y levantando alcabo vino
De ſangre, lodo y de ſudor cubierto
Iunto donde los nueſtros eſperaban
Si las furioſas aguas aplacaban.

Eſtaban del camino deſviados,
Y uno de los caballos relinchando
El Eſpañol con paſos ſoſegados
Al alegre rumor ſe fue acercando:
Llegò donde los ſeis amedrentados
Con baxa voz eſtaban dél tratando,
Y en aquella ſazon ſe les preſenta
Dándoles del ſuceſo entera cuenta.

Con eſpanto fue luego conocido
Que entre ellos ya por muerto ſe tenia,
Y cada uno de láſtima movido
A morir en ſu ayuda ſe ofrecia;
Mas èl como animoſo y entendido
Viendo que aprovechar no le podia,
Dice; de mì, ſeñores, nadie cure,
La vida el que pudiere la aſegure.

Eſto no dixo bien quando esforzado
Por el bosque tomó una ſenda incierta,
Y aquella mas uſada dexa a un lado
De gente y pueblos bàrbaros cubierta:
Otro trance mayor le eſtà guardado;
Pero pues hay de Chile hiſtoria cierta
Allì lo podrà ver el que quiſiere,
Si gana de ſaberlo le viniere.

El Coroniſta Eſtrella eſcribe al juſto
De Chile y del Piru en Latin la hiſtoria
Con tanta erudicion, que ſerà juſto
Que dure eternamente ſu memoria;
Y la vida de Carlos Quinto Auguſto;
Y en verſo los encomios y la gloria
De varones iluſtres en milicia,
Gobernacion, en letras y juſticia.

Vuelvo a los ſeis guerreros que ſintiendo
La deſgracia de Almagro lo moſtraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban:
La tempeſtad furioſa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no ceſaban
Haſta que ſaliò el ſol, y el claro dia
La plaza de Purèn les deſcubria.

Era un caſtillo, el qual con poca gente
Le havia Juan Gomez antes ſuſtentado
Hallàndoſe una noche de repente
De multitud de bàrbaros cercado:
Repelidos alfin gallardamente
Fue por ſu induſtria el cerco levantado:
No eſcribo eſta batalla aunque famoſa
Por no tardarme tanto en cada coſa.

Allì los ſeis guerreros arribados
Fueron con tierna mueſtra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos a tàl término traidos,
Miſeros afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deſhechos, conſumidos,
Corriendo ſangre y lodo, ſin celadas,
Las armas con las carnes deſtrozadas.

Casi veintiquatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que haveis, Señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del qual la noche atras havian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas quando supieron lo que pasa.

La sangre les quajó un temor helado,
Gran turbacion les puso a todos quando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y asì viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bàrbaro traía,
Le dexaron desierto el mismo dia.

Acia Gautèn tomaron la jornada
Llevando a Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre saliò del campo Lautarino:
La Fuerza fue por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones, y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Acia dò su exército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y voceria:
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel dia
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos enganaban.

Juntos el General con grave muestra
Los habla y los recibe alegremente
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautàro su Teniente,
Una esqüadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda, y buena gente,
En armas y trabajo exercitada
Para qualquier empresa y gran jornada.

A Lautàro dexemos pues en esto
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso a tratar dèl volverè presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto a nuestro presupuesto
Decir como a la guerra se previene,
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama ligera embaxadora
De triſtes nuevas y de grandes males
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando ſu voz ruines ſeñales;
Quando llegan los Indios a deſhora,
Los dos que ya contè que en los jarales
Viendo a Valdivia roto ſe eſcondieron,
Y eſtos el triſte caſo refirieron.

Por menſageros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mugeres, niños concurriendo
Se forma un triſte y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hínchen de triſtes láſtimas el viento:
Nuevas viudas, huérfanas doncellas
Era una doloroſa coſa vellas.

Los blancos roſtros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los ſuelos eſparcidos:
Vieran pechos de nieve, y terſos cuellos
De ſangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos veſtidos, joyas y tocados.

No con menor eſtruendo los varones
De la edad mas robuſta juntamente
Daban de ſu dolor demonſtraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, ſuenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas eſpadas afilaban,
Otros petos mohoſos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en haſtas enxerian:
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las vanderas descogian,
Y en alardoſa mueſtra los ſoldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Franciſco Villagràn, varon tenido
Por ſabio en la milicia y ſuficiente,
Con ſuma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fue Teniente
Deſpues de ſu perſona obedecido,
Sentido del ſuceſo y caſo fuerte
Brama por la venganza de ſu muerte.

Las mugeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro, pueſtos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y deſconſuelo:
Con lagrimoſos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el ſuelo
Les ponen los hijuelos por delante:
Pero coſa moverlos no es baſtante.

Ya de lo neceſario aparejados
En demanda del bárbaro ſalian,
De arneſes lucidíſimos armados
Que viſtoſos de lexos parecian:
Las mugeres por torrès y tejados
Con fixos ojos tiernos los ſeguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven a Dios el ruego y peticiones.

Del tropèl ſe deſpiden ciudadano,
Que del pueblo ſaliera a acompañallos,
Y en buſca del exército Araucano
Pican a toda prieſa los caballos:
Dexan a la ſinieſtra a Mareguáno,
Y a la dieſtra de Talca los vaſallos,
Hijo de Talcaguáno, que ſu tierra
La ciñe casi entórno el mar y ſierra.

De los ſeguros límites paſando
Piſan de Andalicàn la enxuta arena,
Y el eſpacioſo llano atraveſando
Suben las lomas, y rumor no ſuena:
Y al pie del cerco Andàlico llegando
Sin entender lo que Lautáro ordena,
Solo el miedo de entrar por el Eſtado
Les mitigò el furor demaſiado.

Un paſo peligroſo, agrio y eſtrecho
De la vanda del Norte eſtà a la entrada
Por un nonte aſperíſimo y derecho,
La cumbre haſta los cielos levantada:
Eſtá tras éſte un llano poco trecho,
Y luego otra menor cueſta tajada,
Que divide el diſtrito Andalicano
Del fértil Valle y límite Araucano.

Eſta cueſta Lautàro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo ſu exército tendido
En lo mas alto della y deſcubierto:
Viendo que a pie en lo llano es mal partido
Seguir a los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro dexa eſento
Penſando allì alcanzarlos por haliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aqui figurarle por entero
La subida no es mala del camino;
Mas todo lo demas despeñadero:
Tiene al Poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pie de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana quanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso exército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado
Sin defensa ni estorbo como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pie deste segundo el vando amigo;
Pero aquí Villagràn confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el Romano Cesar, que dudoso
El pie en el Rubicòn fixò a la entrada,
Pensando allì de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada:
Alfin soltò las riendas animoso,
Deciendo: sùs, la suerte ya es echada;
Asì nuestro Español rompiò el camino,
Dando libre la rienda a su destino.

CANTO QUINTO.

Contiene la reñida batalla que entre los Eſpañoles y Araucanos huvo en la cueſta de Andalicán, donde por la aſtucia de Lautáro y el demaſiado trabajo de los Eſpañoles fueron los nueſtros deſbaratados, y muertos mas de la mitad delios juntamente con tres mil Indios amigos.

Siempre el benigno Dios por ſu clemencia
Nos dilata el caſtigo merecido,
Haſta ver ſin enmienda la inſolencia
Y el corazon rebelde endurecido:
Y es tanta la dañoſa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y exemplo de caſtigo en el vecino,
No queremos dexar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
Nueſtra gente Eſpañola a las eſpadas,
Que en el fin de Valdivia no eſcarmienta,
Ni mira haber ſeguido ſus piſadas:
Preſto la vereis dar eſtrecha cuenta
De las culpas preſentes y paſadas,
Que el verdugo Lautáro ardiendo en ſaña
Se mueſtra con ſu gente en la campana.

Villagrán con la ſuya a punto pueſto
En el eſtrecho llano ſe detiene,
Plantando ſeis cañones en buen pueſto.
Ordena aquì y allì lo que conviene:
Eſtuvo ſin moverſe un rato en eſto
Por ver el orden que Lautáro tiene,
Que ocupaba ſu gente tanto trecho,
Que mitigò el ardor de mas de un pecho.

De muchos fue eſta guerra deſeada;
Pero ſabe ora Dios ſus intenciones:
Viendo toda la cueſta rodeada
De gente en concertados eſqüadrones,
La ſangre del temor ya resfriada
Con preſteza acudiò a los corazones,
Los miembros del calor deſamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento estan bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que qualquiera tardanza les da pena:
De la otra parte el Araucano vando
Sujeto a lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Quando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con sobervia frente
Hiere la tierra de una y otra mano:
Así el bárbaro exército obediente
Viendo tan cerca el campo Castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse;
Pero ya Villagrán considerava
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres vandas de ginetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que a la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio a los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo
Salen con gran tropél y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo estraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautáro el expreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian
El paso ácia adelante no movian.

Con el concierto y orden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una quadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta:
Asì los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco a retirarse
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban;
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
A algunos vale allì la buena adarga,
Las celadas y grevas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peynado entórno el alto cerro.

Firme eſtabà Lautàro ſin mudarſe,
Y cercada de gente la montaña
Algunos que pretenden ſeñalarſe
Salen con ſu licencia a la campaña:
Quieren uno por uno exercitarſe
De la pica y baſton con los de Eſpaña,
O dos a dos, o tres a tres ſoldados
A la franca eleccion de los llamados.

Uſando de mudanzas y ademanes
Vienen con mueſtra ayroſa y contoneo,
Mas bizarros que bravos Alemanes
Haciendo aquì y allì gentil paſeo:
Como los dieſtros y ágiles galanes
En público exercicio del torneo:
Aſi llegan gallardos a juntarſe,
Y con las duras puntas a tentarſe.

Qüien pienſa de la pica ſer maeſtro
Sale a probar la fuerza y el deſtino,
Tentando el lado dieſtro y el ſinieſtro
Buſcando lo mejor con ſabio tino:
Qual acomte, vanle y hurta preſto
Hallando para entrar franco el camino,
Qual hace el golpe vano, y qual tan cierto
Que da con ſu enemigo en tierra muerto.

Otros deſtas poſturas no ſe curan,
Ni paran en el ayre y gentileza,
Que el golpe ſea mortal ſolo procuran,
Y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
Con animo arrojado ſe aventuran
Llevatos de la cólera y braveza,
Eſta a veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir mas juntos a las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curiomán ſe ſeñalaba,
Que con gallarda mueſtra y atrevida
Larga carrera ſin temor tomaba;
Y blandiendo una lanza muy fornida
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de balleſta al torno armada
Xara con tal preſteza fue embiada.

Habia ſiete Eſpañoles ya herido;
Mas nadie ſe atravieſa a la venganza;
Que era el valiente bárbaro temido
Por ſu esfuerzo, deſtreza y gran pujanza:
En eſto Villagrán algo corrido
Viéndole deſpedir la octava lanza
Dixo con voz ayrada: ¿no hay alguno
Que caſtigue eſte bárbaro importuno?

Diciendo esto miraba a Diego Cano,
El qual de osado crédito tenia,
Que una hasta gruesa en la derecha mano
Su Rabican preciado apercibia:
Y al tiempo quando el bárbaro lozano
Con fuerza extrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo a un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropél y grán ruído
Sale el presto caballo desenvuelto
Acia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto:
Pero el fuerte Español embevecido
En què nó se le fuese, el freno suelto
Bate al caballo apriesá los talones
Hasta los enemigos esqüadrones.

No el Araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del ayrado Español, que las pisadas
Del ligero Araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde a pesar de tantos y a despecho
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano:
Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó a la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el esqüadron ginete
Al Araucano exército llamando,
Que a esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, quatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando,
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artilleria
A toda furia y priesa disparaba,
Y así en el esqüadron Indio batia,
Que quanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El ayre cerca y lexos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautáro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel nublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado:
Al esqüadron que a Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta
Y en alta voz diciendo le amonesta:

„O fieles compañeros vitoriosos
„A quien fortuna llama a tales hechos!
„Ya es tiempo que los brazos valerosos
„Nuestras causas aprueben y derechos:
„Sús, sús calad las lanzas animosos,
„Rompan los hierros los contrarios pechos,
„Y por ellos abrid roxa corriente
„Sin respetar a amigo, ni a pariente.

„A las piezas guiad, que si ganadas
„Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
„Célebres quedarán vuestras espadas,
„Y eterna al mundo dellas la memoria:
„El campo seguirá vuestras pisadas
„Siendo vos los autores desta gloria.“
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremerida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota,
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince o veinte una pelota
Volando por los ayres hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro a alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego:
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y ſol cubrian,
Pluma no baſta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, fuego, humo y polvoreda
No ſe entienden allí, ni conocian;
Mas poco aprovechó eſte impedimento,
Que ciegos ſe juntaban por el tiento.

Tardaron poco eſpacio en concertarſe
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí ſe vió mas para notarſe
Era el preſto batir de las eſpadas:
Procuran ambas partes ſeñalarſe,
Y aſí vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas
Y piernas de ſus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate a ſu porfia
Traban una batalla bien reñida:
Para un ſolo Eſpañol cinquenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada qual por ſí tanto trabaja
Que igüala con valor a la ventaja.

No quieren que atrás vuelva estandarte
)e Carlos Quinto Máximo glorioso;
⁄las que a pesar del contrapuesto Marte
'aya siempre adelante vitorioso:
:l qual terrible y fiero a cada parte
:nvuelto en ira y polvo sanguinoso
)aba nuevo vigor a las espadas
)e tanto cambatir aun no cansadas,

Renuévase el furor y la braveza
egun es el herir apresurado,
on aquel mismo esfuerzo y entereza
ue si entonces lo huvieran comenzado;
as muertes, el rigor y la crueza
sto no puede ser significado,
ue la espesa y menuda hierba verde
n sangre convertida el color pierde,

Villagrán la batalla en peso tiene,
ue no pierde una mínima su puesto,
e todo lo importante se previene,
quí va, y allí acude, y vuelve presto:
lace de capitan lo que conviene
on usada experiencia, y fuera desto
omo osado soldado y buen guerrero
: arroja a los peligros el primero.

Andando envuelto en ſangre a Torbo
mira
Que en los Chriſtianos hace gran matanza,
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los eſtribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y ſobra de pujanza
Deſatentó la preſuroſa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo deſapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve a Torbo el Eſpanol ayrado
Y en baxo el brazo la gineta abriga,
Páſale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubón de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por dó al punto
Vertió de ſangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atrás con ira la arrojaba:
Vuela la furioſa haſta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y a Corpillán que eſtaba deſcanſando
Por entre el brazo y cuerpo le paſaba,
Y al ſuelo penetró ſin dañar nada
Quedando media braza en él fixada.

Y luego Villagrán la espada fuera
Por medio de la hueste va a gran priesa,
Haciendo con rigor ancha carrera
A donde va la turba mas espesa:
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
A Guancho, Canío, Pillo, y Titaguáno.

Hernando y Juan entrambos de Alvarado
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo y gran ginete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Exercitando con valor usado
La espada que en herir era maestra,
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano a dos manos sin escudo
No dexa lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene a la llanura:
Pues Peña aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura,
Qual Cesio entre las armas de Pompeo,
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el Español Reynoso
De ponzoñosa rabia estimulado
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado:
Mata de un golpe a Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roxa:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto afloxa,
Haciendo los Christianos tales cosas
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
Y tan poco el remedio y confianza,
Que a muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza, y la esperanza:
Llevados pues alfin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antigüo valor y fortaleza
Sin afloxar los nueſtros ſiempre uſaron,
No ſe vió en Eſpañol jamas flaqueza
Haſta que el campo y ſitio les ganaron;
Mas viéndoſe a tal hora en eſtrecheza
Que paſaba de cinco que empezaron,
Comienzan a dudar ya la batalla
Perdiendo la eſperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
Quando ellos en la fuerza iban menguando,
Repreſentóles el temor la muerte,
Las heridas y ſangre resfriando:
Algunos deſaniman de tal ſuerte
Que ſe van al camino retirando:
No del todo, ſeñor, desbaratados;
Mas haciéndoles roſtro y ordenados.

Pero el buen Villagrán haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paſo ayrado,
Y con ſabias razones los esfuerza,
Como de capitan escarmentado,
Diciendo: „caballeros, nadie tuerza
„De aquello que a ſu honor es obligado,
„No os entregueis al miedo, que es yo os digo
„De todo nueſtro bien grande enemigo.

„Sacudidle de vos, y vereis luego
„La deshonra y afrenta manifiesta,
„Mirad que el miedo infame torpe y ciego
„Mas que el hierro enemigo, aqui os molesta:
„No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
„Que en este solo punto teneis puesta
„Vuestra fama, el honor, vida, y hacienda,
„Y es cosa que despues no tiene enmienda.“

„¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
„Que los pasos tenemos impedidos?
„¿Con quanto deshonor y abatimiento
„Seremos de los nuestros acogidos?
„La vida y honra está en el vencimiento,
„La muerte y deshonor en ser vencidos:
„Mirad esto, y vereis huyendo cierta
„Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.“

De la plaza no ganan quanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia;
¿Donde quedar mejor que aqui yo puedo?
Diciendo Villagrán; con osadia
Temeraria arremete a tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no eſtar al rigor de ſer juzgado,
Teme mas que la muerte, alguna afrenta
Y el verſe con el dedo ſeñalado:
No quiere andar a todos dando cuenta
Si volver las eſpaldas fue forzado,
Que por dolencia o mancha ſe reputa
Tener pueſto el honor hombre en diſputa.

Quan bien deſto ſalió, que del caballo
Al ſuelo le truxeron aturdido,
Qual procura prendello, qual matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen a voces: deſarmallo:
Acude allí la gente y el ruído;
Mas quien ſaber el fin deſto quiſiere
Al otro Canto pido que me eſpere.

CANTO SEXTO.

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes, que los Araucanos executaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mugeres usaron, pasándolos todos a cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan a estado vergonzoso:
Como ahora a Villagrán que con su muerte
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
A donde le tiraba su destino.

Sus ſoldados el paſo apreſurando
En confuſo monton ſe retruxeron,
Quando en el nuevo y gran rumor mirando
A ſu buen capitan en tierra vieron:
Solos trece la vida deſpreciando
Los roſtros y las riendas revolvieron,
Rasgando a los caballos los hijares
Se arrojan a enveſtir tantos millares.

Con mas valor que yo ſabré decillo
El pequeño eſqüadron ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que caſi puſo en condicion la guerra:
Rompen haſta dó el míſero caudillo
De golpes aturdido eſtaba en tierra,
Sin ayuda y favor deſamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos a un tiempo quieren ſer primeros
En eſta empreſa y ſuerte ſeñalada;
Y eſtaban como lobos carniceros
Sobre la manſa oveja desmandada,
Quando diſcordes con ahullidos fieros
Forman múſica en voz deſentonada
Y en eſto los maſtines del exido
Llegan con gran preſteza a aquel ruido:

Asi los enemigos apiñados
Enmedio al triste Villagrán tenian,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos a los otros se impedian;
Mas los trece Españoles esforzados
Rompiendo a la sazon sobrevenian,
De roxa y fresca sangre ya cubiertos.
De aquellos que dexaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
A donde a Villagrán ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojàban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagrán aun no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo a caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y a bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto
Viendo trece Españoles a su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del exército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendia,
Llevando en su defensa al vando amigo,
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere a Maylongo de pasada
De un valiente altibaxo a fil derecho,
No le valió de azero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Gauman dexó mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr a toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su vando estaban,
Que turbados, sin orden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban:
No bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza havia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al Araucano
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin haliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen: a lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados;
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Qual de cabras montesas la manada
Quando a lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,
Que viéndose ofendida y apretada,
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demás a la primera:
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
›rren a la baxada de la cuesta,
n orden ni atencion apresurados,
›mo si al palio fueran sobre apuesta:
unque algunos valientes ocupados
›n firme rostro y con espada presta,
›mbatiendo animosos, no miraban
›mo asi los amigos los dexaban.

No atienden al huir, ni se previenen
e remedio tan flaco y vergonzoso,
ntes en su batalla se mantienen
rayendo el fin a término dudoso:
con heroycos ánimos detienen
e los Indios el ímpetu furioso,
la disposicion del duro hado
n daño suyo y contra declarado.

Y asi resisten, matan y destruyen
›ntrastando al destino, que parece
ue el valor Araucano disminuyen,
él suyo con difícil prueba crece;
as viendo a los amigos como huyen,
ue a mas correr la gente desparece,
ubieron de seguir la misma via,
ue ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto
Que será a la sazon mas conveniente;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente:
No siento el ser vencidos tanto, quanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por virgenes, mugeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infanteria Española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba ligereza,
Y mas de la que a algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan
Rompiendo el ayre el planto y alaridos
Que en són desentonado al cielo llegan:
Y las lástimas tristes y gemidos
(Puestas las manos altas) con que ruegan
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El qual ſiempre les iba caza dando
;on mano preſta y pies en la corrida,
Hiriendo ſin reſpeto y derribando
.a inútil gente, míſera, impedida,
)ue a la amiga nacion iba invocando
.a ayuda en vano a la amiſtad debida,
'oniéndole delante con razones
.a deuda, al interes y obligaciones.

[aunque mas las razones obligaban,
i alguno a defenderlos revolvia,
/iendo quanto los otros ſe alargaban
Alargarſe tambien le convenìa:
Ni a los que por amigos ſe trataban,
Ni a las que por amigas ſe debia,
;on quien havia amiſtad y cuenta eſtrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nueſtros ſin parar en nada
'or la carrera de ſu ſangre roxa
)an ſiempre nueva furia a ſu jornada,
[a los caballos prieſa y rienda floxa:
)ue ni la voz de virgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoxa:
.a pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos a aquèl clamor, y endurecidos
Miden con sueltos pies el verde llàno;
Pero algunos de lástima movidos
Viendo el fiero espectaculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el exército Araucano
Que còrre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que a mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro
Y no poner la vida en aventura,
Quando lexos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo a refrescarse,
De un lado y otro andaba igual travada,
Pecho con pècho vienen a juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los Espanoles sustentarse;
Que la gente Araucana derramada
El alcance sin orden proseguia,
Haciendo todo el daño que podia.

Qual vanda de cornejas esparcidas
Que por el ayre claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden;
Las batidoras alas recogidas
A darle ayuda en círculo decienden:
El bárbaro esqüadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y ayre polvoroso,
Dexa el alcance, y de tropél concurre
Al són de las espadas sonoroso;
Cada Araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el esqüadron de los Christianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece en són de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona a ciento niega;
Ni allí se vió Español que se notase
Que a su deuda una mínima faltase.

Mas de la fuerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten, y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Cáen por tierra, y echan por el suelo
Dan, y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar, y aventajado
Suple el valor, y el ánimo sobrado.

Y asi se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna:
Mas contrastar a tantos no pudiendo
Sin socorro, favór, ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fue forzoso
Volver a su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos, y de aliento,
Y de sangre tambien, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Floxos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piès los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados
Digo de los Christianos que a piè andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas, ó acciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de a caballos lo ausentan,
Si no pueden a ruego, a cuchilladas,
Como a los mas odiosos enemigos,
Que no era a la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oia
De la gente Española, y de servicio
Que a manos de los Indios perecía:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan estraña y cruda anotomía,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al ſuelo mal heridos
De los lomos al vientre atraveſados;
Por medio de la frente otros hendidos;
Otros mueren con honra degollados:
Otros que piden medios y partidos,
De los caſcos los ojos arrancados,
Los fuerzan a correr por peligroſos
Peñaſcos ſin parar precipitoſos.

Y a las triſtes mugeres delicadas
El debido reſpeto no guardaban;
Antes con mas rigor por las eſpadas
Sin eſcuchar ſus ruegos las paſaban:
No tienen miramiento a las preñadas;
Mas los golpes al vientre encaminaban,
Y aconteció ſalir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cueſta al que mas puede,
Y paga el perezoſo y negligente,
Que a ninguno mas vida ſe concede
De quanto puede andar ligeramente:
Y aquel torpe es forzoſo que ſe quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que ayrada atrás venía
En afirmando el pie, le facudía.

Aunque la cuesta es áspera y derecha
Muchos a la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi entorno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho
Con arte unos en otros enxeridos
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los Indios prevenidos
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al Cielo, no a la gente amenazaban.

Viendo los Españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza:
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos a romperla,
Y los bárbaros dentro a defenderla.

Afsí la gente eftaba detenida,
Que todo fu trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la falida
Hafta que el viejo Villagrán llegaba:
Que vifta la efcufada arremetida
Quan poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir, ni mueftra alguna
Dió aqui el último tiento a la fortuna.

Eftaba en un caballo derivado
De la efpañola raza, poderofo,
Ancho de quadra, efpefo, bien travado,
Caftaño de color, prefto, animofo,
Veloz en la carrera, y alentado,
De grande fuerza, y de ímpetu furiofo,
Y la furia fujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El roftro le endereza, y al momento
Bate el prefto Efpañol recio la hijada,
Que fale con furiofo movimiento
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas fentimiento
Que fi fuera en carrera acoftumbrada,
Abriendo tal camino, que pafaron
Todos los que de abaxo fe efcaparon.

Los bárbaros ayrados defendian
El paſo; pero el cabo no pudieron;
Que por mas que las armas eſgrimian,
Los fuertes Eſpañoles los rompieron:
Unos ácia la mano dieſtra guian,
Otros tan buen camino no ſupieron,
Tomando a la ſinieſtra un mal ſendero
Que a dar iba en un gran deſpeñadero.

A la ſinieſtra mano ácia el Poniente
Eſtaban dos caminos mal uſados,
Eſtos debian de ſer antigüamente
Por dó al agua baxan los venados:
Digo en tiempos paſados, que al preſente
Por mil partes eſtaban derrumbados,
Y el remate tajado con un ſalto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no ſabida,
O por gran ſequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fue cauſa de tajarſe aquella ſierra;
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya ſin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas baxo asiento.

Como el fiero Tiféo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Quando el terrible cuerpo estremeciendo,
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abaxo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar tambien alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo, y a pié, y aun de cabeza
Llegaron a lo baxo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caído,
Otros desocuparlos fue forzado
Que por floxos la silla habian perdido:
Qual ligero cavalga, y qual turbádo
De temor de la muerte ya impedido
Atinar al estrivo no podia,
Y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por estos, mas corriendo
Juegan a mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán a dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al Papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos aguijar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las hijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son escusadas,
Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoxa presuroso
Por correr, y no puede menearse:
Así estos a gran priesa a los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aquexa,
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se alexa:
Quien la adarga abandona, quien la lanza,
Quien de cansado el propio cuerpo dexa,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venía,
Ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligía:
Mas Dios que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente Canto digo.

CANTO SEPTIMO.

Llegan los Españoles a la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mugeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este Canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A dó el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadía
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les darémos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo hijadeando:
Tambien los Araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso afloxaron,
Y por el gran teson desalentados
A seis leguas de alcance los dexaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la estrema ribera de Biobío,
Adonde pierde el nombre y sér de rio.

Y a la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena a un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino:
Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar qual llegarian
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no trahian,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salian,
No hablan, ni responden elevados,
A todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dexando el pueblo atónito ya quanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al són discorde y áspera harmonía
La casa mas vecina respondía.

Quien llora el muerto padre, quien marido,
Quien hijos, quien sobrinos, quien hermanos,
Mugeres como locas sin sentido
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados,
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden a Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al són de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos:
Diciendo que a gran furia se acercaban
Los Araucanos bárbaros sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo Español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautáro acrecentando,
Los enemigos animos menguaba,
Que ya cada Español casi temblando,
Dando fuerza a la fama, levantaba
Al mas flaco Araucano hasta el Cielo,
Derramando en los ánimos un yelo.

— Levántase un rumor de retirarse,
Y la triste ciudad desampararlla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Còntra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban a formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor, y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que alfin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta a aquel ruido:
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quien a ſu caſa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quien aguija a la ſilla procurando
Cincharla en el caballo mas ligero:
Las encerradas vírgenes llorando
Por las calles ſin manto, ni eſcudero,
Atónitas de acá, y de allá perdidas
A las madres buſcaban deſvalídas.

Como las corderillas temeroſas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas preſuroſas
Haciendo en poco eſpacio mil paradas,
Ponen atenta oreja a todas coſas,
Corren aquí y allí deſatinadas:
Aſí las tiernas vírgenes llorando
A voces a las madres van llamando.

De rato en rato ſe renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido;
Tal vez ay que de ſúbito enmudece,
Reduciendo el ſentir ſolo al oído:
Qualquier ſombra Lautáro les parece,
Su riguroſa voz qualquier ruido,
Alzan la grita, y corren no ſabiendo
Mas de ver a los otros ir corriendo.

Era cosa de oír, bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndolos mayores qualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento:
Desampara la turba temerosa
Sus casas, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal: yo no lo entiendo,
Ni de mi voluntad soy parte en nada;
Pero el temor un viejo posponiendo
Les dice: gente víl acobardada,
Deshonra del honor y sér de España,
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?

No fue ésta correcion de algun provecho,
Ni otras cosas que el viejo les decia,
Muestran todos hacerse a su despecho,
Y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta el dia
Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el sér y se consuma.

Doña Mencia de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que a los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto, y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
A las casas y tierras que dexaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos:
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos ahullidos:
Prógne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedía,
Y enmedio de la cuesta y dellos pára,
El rostro a la ciudad vuelto decia:
¡O valiente nacion, a quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿ qué es de aquella fortaleza,
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿ Qué es de aquel alto punto, y la grandeza
De la inmortalidad a que aspirastes?
¿ Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
Y el natural valor de que os preciastes?
¿ Adónde vais cuitados de vosotros,
Que no viene ninguno tras nosotros?

¡ O quantas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin atender a medios necesarios;
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes a entender ser inmortales!

Volved a vuestro pueblo ojos piadosos
Por vos de sus cimientos levantado,
Mirad los campos fértiles viciosos
Que os tienen su tributo aparejado:
Las ricas minas, y los caudalosos
Rios de arenas de oro, y el ganado
Que ya de cerro en cerro anda perdido
Buscando a su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen
De vuestro racional entendimiento
Usando de razon, se condolecen,
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros carazones se enternecen
No usados a sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

Dexais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir a casa agena embarazosa
A dó tendremos mísera acogida:
¿ Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser húesped toda nuestra vida?
Volved, que a los honrados vida honrada
Les conviene, o la muerte acelerada.

Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos:
Volved, volved gritaba; pero envano,
Que a nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que pienſa reducir con perſuaſiones
Al hijo del propóſito dañado,
Y eſtá alegando envano mil razones:
Que el hijo incorregible y obſtinado
Le impotunan y canſan los ſermones;
Aſi al temor la gente ya entregada
No ſufre ſer en eſto aconſejada.

Ni a Paulo le paſó con tal preſteza
Por las ſienes la Jáculo ſerpiente
Sin perder de ſu vuelo ligereza,
Llevándole la vida juntamente:
Como la odioſa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oído
Quando ya por el otro habia ſalido.

Sin eſcuchar la plática del todo
Llevados de ſu antojo caminaban,
Mugeres ſin chapines por el lodo
A gran prieſa las faldas arraſtraban:
Fueron doce jornadas deſte modo,
Y el Mapochó alfin dellas arribaban.
Lautáro que ſe ſiente deſcanſado
Me da prieſa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descui-
demos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dexamos volverémos,
Que fue donde dexó el alcance estraño:
En muy poco papel resumirémos,
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerto estenso por memoria.

Más con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que pudiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere:
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance huvo cesado,
Volviendo al hijo de Pillán gozoso
Que atrás un largo trecho habia quedado
Más por autoridad, que de medroso:
Al General despachan un soldado,
Aloxandose el campo en el gracioso
Válle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La eſtancia y heredad en aquel valle,
Halló un Indio chriſtiano por la via;
Pero no ſe preciando de matalle,
Priſionero a ſu caſa le traïa,
Y comienza en tal modo a razonalle:
La vida, oh miſerable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya que a la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿ Por qué con las mugeres te eſcondias
Viendo a hierro morir tus compañeros?
Muger debes de ſer, pues que temias
Tanto de alguna eſpada los azeros:
Y aſí quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi ſervicio.

Mandó que del oficio ſe encargáſe
Que a la muger honeſta es permitido,
Y la poſada y cena concertáſe
En tanto que del ſueño convencido
Los fatigados miembros recreáſe:
Y habiéndoſe a ſu cama recogido,
Al mundo el ſol dos vueltas habia dado,
Y no habia el Araucano deſpertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto;
Hasta que el claro sol dió luz al mundo;
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que despues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien como habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho:
El bárbaro responde: no me espanto
De haber sin despertar dormido tanto.

Que el cuidadoso Lautáro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en esqüadrones ha tenido
Con tanta diciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de ta vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que de cansado se dormia,
Enmedio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga allí moria,
Demás de la racion que se le daba;
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo como digo así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, a ellas arrimados
Vuestra tarda venida deseando;
Del sueño y del cansancio quebrantados
Pasando gran trabajo, hasta quando
Supimos que llegabades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido,
El mozo dice: ayer antes del dia
Salió de aqui con súbito ruído:
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido,
Que la ciudad de Penco torreada
Era del Español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
Habian los esqüadrones vencedores
Ácia el pueblo Español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo, y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores:
Siete leguas del valle a Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y fálto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Quando qual negra vanda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baxa al pueblo el exército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida;
Vienen de gran tropel ácia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los caxones,
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pavellones,
Y quanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo Griego
Entró por el Troyano aloxamiento,
Sembrando Frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento:
Quanto de ira, venganza y furor ciego
El bárbaro del robo no contento
Arruína, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quien sube la escalera, y quien abaxa,
Quien a la ropa, y quien al cofre aguija,
Quien abre, quien desquicia y desencaxa,
Quien no dexa fardél, ni baratija,
Quien contiende, quien riñe, quien baraja,
Quien alega y se mete a la partija:
Por las torres, desvanes y texados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la freqüencia,
Priesa y solicitud quando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que a los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con qué las tiernas flores melifican,
Se puede comparar, ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presá le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y dexa la segura,
Y llegando el sol puesto a la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuentá y amistad habia,
Sinó se pone en salvo a buen recado,
Que allí el mayor ladron mas adquiria:
Qual lo saca arrastrando, qual cargado
Va que de proprio hermano no se fia:
Más parte a ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno ſe previenen
Las guardoſas hormigas aviſadas
Que a la abundante troxe van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No ſe impiden, eſtorban, ni detienen,
Dan las vecias el paſo a las cargadas:
Aſſi los Araucanos codicioſos
Entran, ſalen y vuelven preſuroſos.

Quien buena parte tiene, más no eſpera,
Que preſto pone fuego al apoſento,
No aguarda que los otros ſalgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codicioſa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo míſero ſe abraſa,
Corriendo el fuego ya de caſa en caſa.

Por alto y baxo el fuego ſe derrama,
Los cielos amenaza el ſón horrendo,
De negro humo eſpeſo y viva llama
La infelice ciudad ſe va cubriendo:
Treme la tierra entorno, el fuego brama
De ſubir a ſu esfera preſumiendo,
Cáen de rica labor maderamientos
Reſumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro
Segun fama en sus términos se encierra.
O quantos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y a quien treinta
Mil ducados por años les rentára,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abaxára:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentára,
Que entorno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantidad podian,
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo, y la opinion perdian
Por afloxar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros ſe entona,
No cabe el gozo dentro de ſus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermoſas quadras, ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal perſona
Que en verlos ſe duela así deſhechos;
Antes ſuspiran, gimen, y ſe ofenden,
Porque tanto del fuego ſe defienden.

Paréceles que es lento y eſpacioſo,
Pues tanto en abraſarlos ſe tardaba,
Y maldicen al tracio proceloſo,
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de las caſas ſonoroſo
Un terrible alarido reſonaba,
Que junto con el humo y las centellas
Subiendo amenazaba las eſtrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
Que las mas altas nubes encendia,
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los arboles venía,
Y Vulcano al rumor ſucio y tiznado
Con los herreros fuelles acudía
Que ayudaron ſu parte al preſto fuego;
Y aſí ſe apoderó de todo luego

Nunca fue de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sola a tal hombre deleytosa:
Ni aquello tan gran gusto le dió, quanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver como la llama se estendia,
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oír, dura y terrible
Los estallidos y fornáce estruendo,
El negro humo espeso, e insufrible
Qual nube en ayre asi se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en si lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado alfin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pie, ni cosa dexan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensagero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocân, y su embaxada
Será en el otro Canto declarada.

CANTO OCTAVO.

Júntanse los Caciques y Señores principales a consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapél al Cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso exército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta:
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante, y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miráran,
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentáran,
Y en la justa demanda feneciéran,
De mil desabrimientos no gustáran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defetos tiene freno.

Pero de un vando y de otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes,
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mugeres, virgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Sinó es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fue del Señor justo castigo,
Visto de su soberviа el gran exceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fue su súbdito y opreso
Los éche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de
gente
Estaba a la sazon, pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inutil en la dura y bélica arte;
Y poca de la edad mas suficiente
A resistir el gran rigor de Marte,
Y a la parcial fortuna que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el vando Lautarino
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuesto daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo, y arruinar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dixe como a gran priesa habia llegado
Un Indio mensagero conocido,
Que por Caupolicán era embiado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dixo tambien ſin alargar razones
Que el General mandaba que partieſe
Lautáro con los preſtos eſqüadrones,
Y en el valle de Arauco ſe metieſe,
Donde el Senado y junta de varones
Trataſen lo que mas les conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general conſejo.

En oyendo Lautáro aquel mandato,
Levanta el campo, ſin parar camina,
Dexa gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte Audalicáno ſe avecina:
Y por llegar de ſúbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganóſos de burlar al vando amigo
Tomando el nombre y vòz del enemigo.

Tanto marchó, que al aſomar del dia
Dió ſobre las eſquadras de repente
Con una barahunda y voceria,
Que puſo en arma y alteró la gente;
Mas vuelto el alboroto en alegria,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros ſin firmarſe
Sueltas las armas, corren a abrazarſe.

Caupolicán, alegre, humano y grave
Los recibe, abrazando al buen Lautáro,
Y con regalo y plática süave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente que de gozo en sí no cabe
Por la ribera de un arroyo claro
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues desto
Antes que el gran Senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto;
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demas gente, y todo a punto
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta a úso de guerra.

Llevaba el General aquel vestido
Con que Valdìvia ante él fue presentado,
Era de verde y púrpura texido
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte en buena guerra habido
De fina pasta y témple relevado,
La celada de claro y limpio azero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los Capitanes señalados
A la española usanza se vestían,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traian:
Calzas, jubones, cueros desgarrados
En gran estima y precio se tenian:
Por inútil y baxo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
El venir a la junta así vestidos,
Y en el consejo como digo entraron
Ciento y treinta Caciques escogidos:
Por su costumbre antigua se sentaron
Segun que por la espada eran tenidos:
Estando en gran silencio el pueble ufano
Así soltó la voz Caupolicáno.

Bien entendido tengo yo, varones,
Para que nuestra fama se acreciente,
Que no es menester fuerza de razones,
Mas solo el apuntarlo brevemente;
Que segun vuestros fuertes corazones
Entrar la España pienso fácilmente,
Y al gran Emperador invicto Carlo
Al dominio Araucano sujetarlo.

Los Españoles vemos que ya entienden
El peso de las mazas barreadas,
Pues ni en campo, ni en muro nos atien-
den;
Sabemos como cortan sus espadas,
Y quan poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas azeradas:
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado azero
Allanaréis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza el delantero
Seguiré vuestro vando, y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España,
Y conquistar del mundo la campaña.

La deidad desta gente entenderemos,
Y si del alto cielo cristalino
Deciende, como dicen, abrirémos
A puro hierro anchísimo camino:
Su género y linage asolarémos,
Que no bastará exército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte
Si todos nos hacemos a una parte.

Enfin fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion mas declararse,
Aquel que me quisiere por amigo
A tiempo está que puede señalarse:
Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere a paces arrimarse:
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
Apenas al espíritu halló via
Mientras duró el sobervio parlamento,
Que el gran Caupolicano les hacia:
Huvo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesia:
A Lautáro tocaba, y escusado,
Lincoya así responde levantado.

Señor. Yo no me he visto tan gozoso
Despues que en este triste mundo vivo,
Como en ver manifiesto el valeroso
Ánimo dese invicto pecho altivo:
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo,
Que no quiero ser Rey del cielo y tierra
Si huviese de acabarse aquí la guerra.

Y en teſtimonio deſto yo te juro
De te ſeguir y acompañar de hecho,
Ni por áſpero caſo adverſo y duro
A la patria volver jamas el pecho:
Deſto puedes, ſeñor, eſtár ſeguro,
Y todo faltará y ſerá deshecho,
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.

Aſsi dixo: y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelén Curaca anciano,
De condicion muy áſpera enojado;
Pero afable en la paz, fácil y humano,
Viejo, enxuto, dispueſto, bien trazado,
Señor de aquel hermoſo y fértil llano,
Con eſpacioſa voz y grave geſto
Propuſo en ſus razones ſábias eſto.

Fuerte varon y Capitan perfeto,
No dexaré de ſer el delantero
A probar la fineza deſte peto,
Y ſi mi hacha rompe el fino azero;
Mas como quien lo entiende te prometo,
Que falta por hacer mucho primero
Que ſalgan Eſpañoles deſta tierra,
Quanto mas ir a Eſpaña a mover guerra.

Bien ſerá que, ſeñor, nos contentemos
Con lo que nos dexaron los paſados,
Y a nueſtros enemigos deſterremos
Que eſtán en lo mas dello apoderados:
Despues por el ſuceſo entenderemos
Mejor el disponer de nueſtros hados:
Eſto á mí me parece, y quien quiſiere
Proponga otra razon, ſi mejor fuere.

Callando eſte Cacique, ſe adelanta
Tucapélo de cólera encendido,
Y ſin reſpeto aſí la voz levanta
Con un tono ſobervio y atrevido,
Diciendo: á mí la Eſpaña no me eſpanta,
Y no quiero por hombre ſer tenido
Si ſolo no arruíno a los Chriſtianos,
Aora ſean divinos, aora humanos,

Pues lanzarlos de Chile y deſtruirlos
No ſerá para mí baſtante guerra,
Que pienſo, ſi me eſperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y ſi huyen, mi maza ha de ſeguirlos
Que es la que deſte mundo los deſtierra:
Por eſo no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
A despecho del cielo, a hierro puro
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dexar de España enhiesto muro,
Y aun el ánimo a mas se me acrecienta,
Que despues que allanáre el ancho suelo,
A guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos;
Pensar que haya fortuna, es gran simpleza,
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abaxo hecha pedazos,
Que Tucapél en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelén la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia y levantado
Le dice: o arrogante! la osadía
(Sin dicrecion) jamas fue de esforzado:
Pero Caupolicán que conocia
Del viejo a tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones
Haciendo proponer a otros varones.

Purén ſe ofrece allí; y Angól ſe ofrece
No con menor braveza y deſatiento;
Ongolmo no quedó ſegun parece
De moſtrar ſu ſobervio penſamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el miſmo ofrecimiento:
Colocólo que atento eſtaba a todo
Sacó la voz diciendo deſte modo:

La verde edad os lleva a ſer furioſos,
O hijos! y noſotros los ancianos
No ſomos en el mundo provechoſos
Mas de para decir conſejos ſanos,
Que no nos ciegan humos vaporoſos
Del juveníl hervor y años lozanos:
Y aſi como mas libres entendemos
Lo que ſiendo mancebos no podemos.

Voſotros Capitanes esforzados,
De ſola una vitoria envanecidos
Eſtais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados,
Y eſos vanos esfuerzos mal regidos,
No hagais de Eſpañoles tal desprecio,
Que no venden ſus vidas a mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,
Mirad quando primero aqui vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes;
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el Lycureo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron:
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
Redemir nuestra patria y libertarnos,
Dando a vuestras bravezas menos parte;
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
O hijo de Leocán, quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
Es, que el campo en tres vandas repartido
A un tiempo aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca, y éste asiento destruido
Valdivia de allanar fácil sería,
Pues no alcanza arcabuz, ni artillería.

Solo a mí Santiago me da pena;
Pero modo a ſu tiempo buſcarémos
Para poderla entrar, y la Serena
Fácilmente despues la allanarémos;
Aunque ſujeto a lo que el hado ordena
Es el mejor camino que tenemos.
Acabando con eſto el ſabio viejo,
A muchos pareció bien ſu conſejo.

Tras éſte otro Curáca hechicero
De la vejez decrépita impedido,
Puchecalco ſe llama el agorero
Por ſabio en los pronóſticos tenido,
Con profundo ſuſpiro, íntimo y fiero
Comienza aſí a decir entriſtecido:
Al negro Eponamon doy por teſtigo
De lo que ſiempre he dicho y aora digo.

Por un término breve ſe os concede
La libertad, y habeis lo más gozado;
Mudarſe eſta ſentencia ya no puede,
Que eſtá por las eſtrellas ordenado,
Y que fortuna en vueſtro daño ruede;
Mirad que os llama ya el preciſo hado
A dura ſujecion y trances fuertes,
Repárenſe alomenos tantas muertes.

El ayre de ſeñales anda lleno,
Y las noturnas aves van turbando
Con ſordo vuelo el claro dia ſereno,
Mil prodigios funeſtos anunciando:
Las plantas con ſobrado humor terreno
Se van ſin producir fruto ſecando:
Las eſtrellas, la luna, el ſol lo afirman,
Cien mil agüeros triſtes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado
No ſé en que pueda yo eſperar conſuelo,
Que de ſu eſpada el Orión armado
Con gran ruína ya amenaza el ſuelo;
Júpiter ſe ha al Ocaſo retirado,
Solo Marte ſangriento poſee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furioſa muerte irreparable
Viene a noſotros con ayrada dieſtra
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente roſtro ſe nos mueſtra,
Y Eponamon horrendo y eſpantable
Envuelto en la caliente ſangre nueſtra,
La corva garra tiende el cerro yerto,
Llevándonos al no ſabido puerto.

Tucapél que de rabia rebentando
Eſtaba oyendo al viejo, más no atiende,
Que dice: yo veré ſi adivinando
De mi maza éſte necio ſe defiende:
Diciendo eſto, y la maza levantando
La derriba ſobre él, y aſi lo tiende
Que jamas midió curſo de planeta,
Ni fue mas adivino, ni profeta.

Quedóle deſto el brazo tan ſabroſo
(Segun la mueſtra) que movido eſtuvo
De dar tras el Senado religióſo,
Y no ſé la razon que lo detuvo:
Caupolicán atónito y rabioſo
Traſportada la mente un rato eſtuvo;
Mas vuelto en ſí con voz horrible y fiera
Gritaba: Capitanes, muera, muera.

No le dió tanto guſto a aquella gente
Lo que Caupalicano le decia,
Quanto al ſobervio bárbaro impaciente
Viendo que ocaſion tal ſe le ofrecia:
Era alto el tribunal; pero él valiente
Los hace ſaltar dél tan a porfia,
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron
De donde lo miraban sosegados,
Que de ver unò solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados;
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapél de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
Enmedio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bábarò gallardo:
Con silvos grita en desigual batalla;
Con piedra palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro, ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con estraña ligereza
Delante, atrás, a diestro y a siniestro:
Con mas desemboltura y mas presteza,
Mostrándosé en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapél, en la peléa
Con la pesada maza se rodéa.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta,
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojadizos,
Qual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Sobervios quebrantó en solo aquel dia:
Y qual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia;
No discierne al pariente del estraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara Araucana,
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caſo no penſado
En tal furor y cólera ſe enciende,
Que eſtaba de baxar determinado,
Aunque ſu gravedad ſe lo defiende;
Pero Lautáro alegre y admirado
Miraba como ſolo aſí contiende
Un hombre contra tanto barbariſmo,
Incrédulo y dudoſo de ſí miſmo.

Y en eſto al General con el debido
Reſpeto y ojos baxos en el ſuelo,
Le dice: una merced, ſeñor, te pido,
Si algo merece mi intencion y zelo,
Y es, que el gran deſacato cometido
Perdones francamente a Tucapélo;
Pues ha moſtrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente,

Perplexo el General eſtaba en duda;
Pero mirando alfin quien lo pedia,
Luego el executivo intento múda,
Y con el roſtro alegre reſpondia:
Él ha tenido en vos baſtante ayuda,
Por la qual le perdóno; y mas decia
Que fueſe a las eſqüadras, y mandáſe
Que el combatirle más luego ceſáſe.

Baxa Lautáro al campo, y prestamente
El rico cuerno a retirar tocaba,
Al són del qual se recogió la gente,
Que recogerse a nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho a sú sabor no estaba;
Y volviendo a Lautáro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dixo aquesto:

¿ Cómo buen Capitan has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda?
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?
Lautáro le responde: es escusado
Quien viniere contigo a la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aqui la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño y mal te sobrevenga.
Tucapél responde: yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga,
Mi maza es la que a mí me da el seguro,
Lo demás como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mugeres:
Sús, alto, vamos luego a dó quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapél de Lautáro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz General disimulando
Con graciosa aparencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautáro así diciendo, añudó el hilo:

Iuvicto Capitan, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren a restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va tambien su parte,
Y por el vicio grande de la guerra:
No puedo yo dexar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere,
Y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
Al consejo con término discreto
Del sabio Colocólo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Asique, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los Christianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,
Despues que lo demás esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido,
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo a palmo la he medido,
Con Españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias, é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos Araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sabios Caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de Christianos,

Aquí ſe cerró el bárbaro orgulloſo,
Y gran rato ſobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoſo
Todos en eſte acuerdo concordaron:
Despues dó eſtaba el pueblo deſeoſo
De ſaber novedades ſe baxaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fue declarado.

Eſtuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fieſta
Ocupados en juegos y alegrias,
Y en quien mas veces bebe ſobre apueſta:
Despues contra los pueblos del Mesías
La alborozada gente en orden pueſta
Marcha Caupolicán con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el exército furioſo
De la Imperial fundada en ſitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioſo
La penſaba entregar preſto a la muerte;
Mas el eterno Padre poderoſo
Lo diſpone y ordena de otra ſuerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis preſtando atento oïdo.

CANTO NONO.

Llegan los Araucanos a tres leguas de la Imperial con grueso exército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta a sus tierras, adonde les vino nueva que los Españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los Españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos Santos,
Y estár la ley Christiana autorizada:
Y asi de qualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia:
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al baxo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al sobervio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la qual él solo es el potente:
Y asi los que creyeren por fé pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que despues de ya visible
Sacarlos de que fue, sería imposible.

En contar una cosa estoy dudoso
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fue todo un exército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dexaré en efeto de contarlo,
Pues los Indios no dexan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
Que porque la ley sacra se estendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia,
Y que el natural orden se excediese:
Presumir se podrá por esta via,
Que para que a la Fé se reduxese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagro claramente.

Yo dixe que el exército Araucano
De la Imperial tres leguas se aloxaba
En un dispuesto asiento y campo llano,
Y que Caupolicán determinaba
Entrar el pueblo con armada mano;
Tambien como el castigo dilataba
Dios a su pueblo ingrato y sin enmienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitualla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla:
Fuera por los cimientos destruida,
Qualquier fuerza bastára a arruinalla,
Y persona de dentro no escapára,
Si a vista el pueblo bárbaro llegára.

Quando el campo de allí queria mudarse,
Que ya la trompa a caminar tocaba,
Súbito comenzó el ayre a turbarse,
Y de prodigios tristes se espesaba:
Nubes con nubes vienen a cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con ayrados ímpetus violentos
Mostraban su furor los quatro vientos.

Agua récia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian,
Rayos, truenos, relámpagos apriesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;
Quanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual a todos atormenta,
No hay corazon, no hay ánimo así entero,
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque mas fuese de azero:
En esto Eponamón se les presenta
En forma de un dragon horrible y fiero
Con enroscada cola envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego.

Diciéndoles: que apriesa caminasen
Sobre el pueblo Espanol amedrentado,
Que por qualquiera vanda que llegasen
Con gran facilidad sería tomado,
Y que al cuchillo y fuego la entregasen
Sin dexar hombre a vida y muro alzado:
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados quatro vientos
Se van a sus cavernas retirando;
Las nubes se retraen a sus asientos,
El cielo, y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dexó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegria,
Quando con claro y presuroso vuelo
En una nube una muger venia
Cubierta de un hermoso y limpio velo
Con tanto resplandor, que al medio dia
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
A todos confortó con su venida;
Venía de un viejo cano acompañada
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: ¿dónde andais gente perdida?
Volved, volved el paso a vuestra tierra,
No vais a la Imperial a mover guerra.

Que Dios quiere ayudar a sus Christianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia:
Diciendo esto y dexando el baxo suelo,
Por el ayre espacioso subió al cielo.

Los Araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fixa y codiciosa,
Cási sin alentar la boca abierta:
Ya que despareció fue estraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos a los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y penſamiento
Sin eſperar mandato ni otro ruego,
Como ſi ſolo aquel fuera ſu intento
El camino de Arauco toman luego:
Van ſin orden ligeros como el viento,
Paréceles que de un ſenſible fuego
Por detrás las eſpaldas ſe encendian,
Y aſi con mayor ímpetu corrian.

Héme, ſeñor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad ſe cuente;
A veinte y tres de Abril que hoy es mediádo
Hará quatro años cierta y juſtamente,
Que el caſo milagroſo aquí contado
Aconteció, un exército preſente,
El año de quinientos y cincuenta
Y quatro ſobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en ſuma declarada
Segun que de los bárbaros ſe ſabe,
Y no de fingimientos adornada,
Qué es coſa que en materia tal no cabe:
Tienen ellos por coſa averiguada
Que no es en prueba deſto poco grave,
Que por eſta viſion hubo en dos años
Hambres, dolencias, muertes y otros daños:

Que la mar reprimiendo sus vapores
altó la agua y vertientes de la sierra,
'alando el sol en tierna edad las flores
yudado del fuego de la guerra:
omo creció la seca y las calores,
or falta de humidad la árida tierra,
ompió banco y alzóse con los frutos,
'exando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introduxesse
n el distrito y término Araucano,
fue que carne humana se comiese
Inorme introducion, caso inhumano!)
en parricidio error se convirtiese
l hermano en sustancia del hermano:
'al madre huvo que al hijo muy querido
l vientre le volvió, dó habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
l valle de Purén paterno suelo,
as armas por entonces arrimando
)ieron lugar al tempestuoso cielo:
s este tiempo en estas partes quando
l encogido invierno con su yelo
)el todo apoderándose en la tierra,
'one punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dexan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero exercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas quando enciende a Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerva coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra a cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego a furor movidos los guerreros
Toman las armas, dexan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los azeros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las hastas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el són de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico exercicio:
Juntaronse a la usada borrachera
(Orden antigua y detestable vicio)
La mas ilustre gente y señalada
A dar definicion en la jornada.

Tratándo en general concilio estaban
Del bién y aumentacion de aquel Estado,
Quando quatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber como ya andaban
En el sitio de Penco arruínado
Cantidad de Espanoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: venimos, ó guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante a prometeros,
Si desterrais de nuevo a los Christianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fue por opresion, no fue violencia,
Pues aunque desdichados entendemos
Quan breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y limite a la suerte;

Mas porque estando Arauco tan vecino,
Y fixa en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrágue el áspero destino,
Tiempo para morir despues nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
La embaxada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperarémos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La sobervia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
Que les dió a los Caciques la embaxada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabáse fue acetada;
Pero tuvieron freño y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocán, que consultado
Así responde en nombre del Senado:

Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido,
¿ Y es verdad que hay Christianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruído?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin a la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto
Que sin duda en efeto lo pondrémos,
Y sobre los Christianos lo mas presto
Que se puede dar orden, llegarémos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sabio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los quatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve a sus señores se volvieron
Que estaban por momentos aguardando:
Y visto el buen despacho que truxeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vexaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas varato
Del Araucano exército depende:
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debaxo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese a efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo trás el vando afortunado
He llevado camino tan seguido:
Y si aqui la ocasion no me avisára,
Jamás pienso que della me acordára.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Dó forzoso dexarlos me convino:
Pues volviendo a la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santiago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar a Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fue la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hervoso habian llegado,
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapión fortificado,
Que en recogido quadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y a cada frente aviste una bombarda
Que con maziza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Mueſtra la paz malvada aſeguraba,
Eſperando la ayùda prometida
Que a cencerros tapados caminaba;
Pero no fue ſecreta eſta partida,
Pues entre los Chriſtianos ſe trataba
Que el valiente Lautáro habia paſado
Las lomas con exército formado.

Súenaſe que Purén allí venía,
Tomé, Pillolco, Angól, y Cayeguano,
Tucapél, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro Araucano:
Ongolmo, Lemolémo, y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcáno, Leucotón, y Mareande.

Todos eſtos varones ſeñalados
Fueron para eſta guerra apercebidos,
Con otros dos mil pláticos ſoldados
En el copioſo exército eſcogidos:
Venian de fuertes petos arreados,
Grueſas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas azeradas,
Armas arrojadizas y enhaſtadas.

Desta manera el esqüadron camina
En la callada noche y sombra escura,
Debaxo del gobierno y diciplina
Del cuidoso Lautáro que procura
Llegar quando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los Españoles de un amigo
Bárbaro que con ellos contrataba,
Saben como el exército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisados desto como digo,
Y de quanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitan de España
El noble Montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagáz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado,
El qual con orden y presteza estraña
Del presente peligro recatado
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los ſoldados
En ſu lugar cada uno dellos pueſto,
Manda a nueve guerreros mas curſados
Que ſalgan a correr la tierra preſto,
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro, y en eſto
Del callado eſqüadron fueron ſentidos,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el ſobreſalto, los rumores,
El ſúbito alboroto de la guerra,
Las ſonoroſas trompas y atambores
Hacen gemir y eſtremecer la tierra:
En eſto los aſtutos corredores
Atraveſando una pequeña ſierra
Toman la vuelta por mas corta via,
Dando aviſo a la amiga compañia.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la Fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo mas neceſario allí reparte
Gente del arcabúz y de la pica:
Proveído recaudo en toda parte,
A recebir al Araucano pica
Con la ligera eſquadra de a caballo,
Por no moſtrar temor en eſperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro orizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De roxo ya las nubes coloraba:
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido Fuerte se alexaba
En busca de la esquadra Lautarina,
Que a mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se
habian
De aquel su muro lexos alongado,
Quando al calar de un monte descubrian
El Araucano exército ordenado:
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento quando
Sienten los Araucanos el ruido,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando
Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando a los de España,
Sonando entorno toda la campaña.

Quieren los Españoles responderlos
Con el horrible són de armada mano;
Calan el monte a fin de acometerlos
Teniendo por mejor el sitio llano:
Baxas las lanzas vienen a romperlos;
Pero la osada muestra salió envano,
Que los bárbaros ya diciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pie y con rostro firme ácia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero a desbaratarlos fue bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautáro al cuerno aliento dando,
El Araucano exército obediente
Se va al són conocido reparando:
Del Fuerte tanto estrecho esto sería
Quanto tira un canon de puntería.

Detúvose Lautáro con intento
De esperar al caliente mediodia,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su esqüadron haciendo asiento
A vista de los nuestros, que a porfia
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Quando el sol en el medio cielo estaba
No declinando a parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto:
El astúto Lautáro levantaba
Su campo en esqüadron cerrado y junto,
Con grande estruendo y paso concertado
Ácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza
Lautáro contra el Fuerte caminaba;
Síguele atras la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza
Que ayroso poco a poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandía
Que juntar los estremos parecía.

Los pocos Españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos;
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados, y así desta manera
Con fiera muestra vienen a buscallos;
Llegados donde ya podian herirse,
Los unos a los otros dexan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos exércitos venian;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enhastadas
Por valíentes brazos arrojadas.

Quales contrarias aguas a toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que resistiendo al tiempo del mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así a nuestro esqüadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo ſufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al eſpañol el bárbaro llevaba
Como a liviana paja el recio viento:
Entran ſin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte aſiento,
Y dentro del quadrado y ancho muro
Comienzan pie con pie un combate duro.

Algunos Eſpañoles caſtigados
Recogerſe en la Fuerza no quiſieron
Que eran de corazones congoxados
Y de verſe en eſtrecho rehuyeron:
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton ſe dividieron;
Pero los de más ſer con mano oſada
Procuran amparar la Plaza entrada.

Allí quieren morir ò defenderſe,
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo güarecerſe;
Otros a la marina ſe llegaron,
Metiendoſe en un barco ſin poderſe
Sufrir las corvas áncoras alzaron,
Satisfaciendo al miedo y baxo intento
Las velas con preſteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora a la nave,
No duda en arrojarse al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave:
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor a que ha llegado,
Que viene a ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la Fuerza retraídos
Como buenos guerreros se defienden,
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la Plaza de sangre era ya lago.

Lautáro gente y armas contrastando
En la Fuerza el primero entrado habia,
Y muerto a dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia:
Lincóya iba hiriendo y derribando;
¿ Más quién podrá decir la bravería
De Tucapél, que el cielo acometiera
Si hallára algun camino ò escalera?

No entró el Fuerte por puerta, ni
por puente,
Antes con desembuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto:
No le pudo seguir por allí gente,
El solo de aquel lado dió el asalto;
Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego enmedio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la Plaza,
Quando el furioso bárbaro esgrimiendo
La exercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina, ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que baxaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos dexa tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quien hunde el pescuezo por los pechos,
A quien rompe los lomos y costados:
Qual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y dexa derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra
ayrada
Que habia muerto a Torquín mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada
Rompe por el tropél de armas furioso:
No sé qual fue la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del Araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Más quando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tygre hircana no estan brava,
Ni acosado léon tan impaciente
Como el Indio, que lleno de postéma
Del cielo, infierno, tierra, y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo quanto puede atrás derriba,
Y el trozo impéle con violencia tanta
Que a Ortíz que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa ayrado
A Ortíz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una a la otra hijada,
Y la alma del corporeo aloxamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada a la siniestra el Indio trueca
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra:
Así aquel Tucapél con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dexándose guiar por dó la ira
Le llevaba furioso discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de hastas deshaciendo:
Acaso al Padre Lobo un golpe tira
Que contra quatro estaba combatiendo,
El qual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma a Dios, y el cuerpo dió a la tierra.

El grave Leucotón no menos fuerte
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No se como a escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho a breve suma.

Tambien Angól sobervio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo entorno esgrime:
Hiere al joven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazon Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfange alzaba,
Por debaxo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:
La cara antes del joven colorada
Se vió de amarilléz mústia cubierta;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo

El corpulento mozo Mareguáno
Que ayrado a todas partes discurria,
Llegó al tiempo que Angól por diestra
mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañia;
Pues fue siempre en la vida igual la suerte,
Quiero dixo tambien que sea en la muerte.

Y contra el matador con repentina
Rabia que el pecho y venas le abrasaba,
Un mazizo y fornido tronco empina,
Y con fuerza sobre él lo derribaba:
Mas temiendo del golpe la ruína
Alvarado que el ojo alerto estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañia
Habian asi a los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil, y el esforzado
Pillolco, Caniomangue, y Lebopía,
Mareande, Elicura, y Lemolemo
De su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la Española destrozada gente
Al camino de Itáta enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los Españoles la huída,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida:
Sigue el alcance, y válos aquexando
La bárbara canalla embravecida
Embuelta en una espesa polvoreda,
Matando al que por floxo atras se queda.

Alvarado con animo y cordura
Los aníma y esfuerza, y no aprovecha,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Qual encamina al monte, y qual procura
De Mapochó la senda mas derecha,
Y qual y qual constante todavia
Animoso con Atropos porfia.

Eſtos honroſa muerte deſeando
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forzoſo punto dilatando
Con raro esfuerzo y valeroſa eſpada:
Préſto quedó la plaza ſin un vando,
De almas vacía de cuerpos ocupada,
Que animoſos los pocos que quedaban
A las armas y muertes ſe entregaban.

Unos por los coſtados cáen abiertos,
Otros de parte a parte atraveſados,
Otros que de ſu ſangre eſtán cubiertos
Se rinden a la muerte deſangrados:
Alfin todos quedaron allí muertos
Del riguroſo hierro apedazados:
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no harémos poco en alcanzallos,

Quien por camino incierto, quien por ſenda
Aſpera, peligroſa, y deſuſada
Bate al caballo y dále ſuelta rienda,
Que el miedo es grande, y grande la jornada:
El bárbaro eſqüadron con grita horrenda
Por ſierra, monte, llano y por cañada
Las eſpaldas los iba calentando
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que a la mira imparcial habia aſiſtido,
Haſta ver el derecho declarado:
En eſto alzando un ſúbito alarido
Con el orgullo a vencedores dado
Baxa las armas haſta allí neutrales
En dano de las ſeñas Imperiales.

Sale en el codicioſo ſeguimiento
De la Eſpañola gente que corria
Con furia y ligereza mas que el viento,
Sin hacerſe uno a otro compañia:
La mucha turbacion y deſatiento
Que a los nueſtros el miedo les ponia,
Los lleva ſin caminos, eſparcidos,
Por ſierras, valles, montes, por exidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
(O quan de corazon ſon envidiados!)
Qué poco ſe conocen compañeros
De largo tiempo y amiſtad tratados!
No aprovechan promeſas de dineros,
Ni de bienes allí repreſentados:
Tanto el miedo ocupado los habia,
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereſes deſpreciando
Se mueſtran allí poco codicioſos,
Trás las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazoſos:
Y así de las promeſas no curando
Jugaban los talones preſuroſos,
Solo las alas de Icaro quiſieran,
Aunque paſando el mar ſe derritieran.

Juan, y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apreſuraban,
Animando la gente deſmayada,
Más no por eſto el paſo moderaban;
Abren por la carrera embarazada,
Que ligeros caballos gobernaban;
Y aunque con viva eſpuela los batian
Alargarſe de un Indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da caza y atormenta
Un eſpaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Eſte ſolo los ſigue oſadamente,
Y a voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre a campo raſo,
Sin poderle ganar un ſolo paſo.

Xo, xo, les va gritando: eſpera, eſpera,
Que mas en caſtellano no ſabía;
Pero en ſu natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia:
Tres leguas los corrió deſta manera,
Que jamás de las colas ſe partia
Por mucho que aguijaſen los rocínes,
Llamándoles infames y ruínes.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien ſu faccion y forma diga:
Era una grueſa haya maſ labrada
De la grandeza y peſo de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrímela el garzon ſin mas fatiga.
Que el preſto esgrimidor ſuelto y liviano
Juega el fácil baſton con dieſtra mano.

Si alguna vez con el troncon peſado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que cáſi derrengados los dexaba:
Aſí cada caballo eſcarmentado
Sin eſpuelas el curſo apreſuraba,
Que jamás fue baqueta en la corrida
Como el baſton del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se alexa
Del seguro monton y amigo vando,
No por esto la dura empresa dexa,
Antes mas los persigue y va afrentando:
Con prestos pies y maza los aquexa,
La nacion Española profazando
En lenguage Araucano, que entendian
Los tres que a mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los Christianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y ligereza:
Entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres a su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
Afloxa el curso y animoso brio,
Antes qual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el Puelche en desafio,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta
Y a diez millas de alcance por dó un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fue en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro esqüadron parado habia
Solo el contumáz Rengo porfiando.
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su vando:
Los trés lasos christianos a porfia
Iban el ancho vado atravesando,
Quando Rengo cargó de úna pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fixado
Rodéa el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro asi arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y a ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni afloxa de la empresa que pretende,
Antes con silvos, grita y piedra espesa
La agua a mas de la cinta los ofende,
Y dándoles en esto mucha priesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: sús, salid, salid á fuera,
Que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado a Rengo así orgulloso,
De la sobervia tema ya impaciente
Dice á los dos: o caso vergonzoso,
Que a tres nos siga un Indio solamente,
Y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de Españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aqui jamás pasemos
Si primero morir no le hacemos.

Así dixo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir, ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el Araucano conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
Los tres a toda furia le siguieron,
Aunque en valde tomaron esta pena,
Que el Indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo a los tres con osadía,
Y a falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudía:
De allí con mofa, silvos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendía,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dexando libre al bárbaro esforzado
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dexado el campo Lautariño
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato:
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trate,
Dexarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dexado.

Con la gente Araucana quiero andarme
Dichosa a la sazon y afortunada:
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada:
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡ Quan usado es huír los abatidos,
Y seguir los sobervios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo despues ser derribados!
Alcabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo Canto.

CANTO DECIMO

Ufanos los Araucanos de las vitorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estrangeras como naturales, entre los quales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la vária diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece
Que de triste muger se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡ Quien vió los Españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡ Quien los ve en breve tiempo derribados!
Quien ve en miseria vuelta su fortuna!
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexô femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mugeres a quien la rueca es dada
Con varoníl esfuerzo los seguian,
Y con la diestra a la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mugeres digo que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y quando vieron
Que iba de rota el Castellano vando,
Hiriendo el cielo a gritos decendieron
El mugeríl temor de sí lanzando,
Y de ageno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

Y a vueltas del estruendo y muchedumbre
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten, ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas,
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque a tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podia.
Si las mugeres van desta manera,
¿ La bárbara canalla qual iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mugeres a la guerra.

Vienen acompañando a sus maridos
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero, si los contrarios son vencidos,
Salen a perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras,
Que la muger cruel eslo de veras.

Aſi a los nueſtros eſta vez ſiguieron
Haſta donde el alcance habia ceſado,
Y deſde allí la vuelta al pueblo dieron
Ya de los enemigos ſaqueado;
Que quando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos ſin orden y gobierno andaban,
A ſus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía,
Y quién trás él que huye va corriendo;
Quién finge que eſtá muerto, y ſe tendia,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente aſi ſe entretenia
El trabajo importuno deſpidiendo,
Haſta que el ſol rayaba los collados,
Que el General llegó, y los mas ſoldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran prieſa a abrazarſe eſtrechamente;
Pero algunos por mas que ſe esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores ſe moſtraban
Repartiendo la preſa entre la gente;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próſpera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolicán que se hiciese,
Donde del Araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese;
Y con alegre muestra y gran contento
Sin que la popular se entremetiese,
En juegos, pruebas, danzas y alegrias
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y exercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron,
Dó a las usadas fiestas los soldados
De toda la Provincia convocaron:
Fueron bastantes plazos señalados,
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ellas fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensageros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y estrangeros:
Gran multidud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros,
Que ocupaban las tiendas forasteras,
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituía
Las importunas sombras desterrando,
Quando la bulliciosa compañia
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos a la prueba.

Fue con solemne pompa referido
El orden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfange guarnecido
Por mano artificiosa de platero:
Este premio fue allí constituído
Para aquel que con brazo mas entero
Tiráse una fornida y gruesa lanza,
Sobrando a los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada
Esmaltadas en él varias labores:
Fue la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se estremáse,
Y por señor del campo en pie quedáse.

Un lebrél animoso remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado,
Arribáse mas presto a la vandera
Que una gran milla lexos tremolaba,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba, que pendía
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de atauxía;
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha a puntería
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston, mas como diestro:
Por juez se señaló a Caupolicano,
De todos exercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores a la prueba.

No bien sonó la alegre trompa quando
El joven Orompello ya en el puesto
Ayrosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
Y en la valiente diestra blandeando
Una maziza lanza: luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo, y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las hastas con rumor cruxiendo,
De aquella fuerza é ímpetu llevadas,
Rompen el ayre, suben hasta el cielo,
Baxando con la misma furia al suelo.

La de Pilloleo fue la hasta primera,
Que falta de vigor a tierra vino:
Trás ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y quarta la de Crino;
La quinta de Mareande, y la postrera
Haciendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fue, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Trás estos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban;
Y aunque con fuerza estrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros trás estos, y otros seis probaron;
Mas todos con verguenza atrás quedaban:
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucotón, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia afloxado,
Dixo en voz alta: de perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver deste brazo lo que puede,
Y a dó llegar mi estrella me concede.

Esto dicho la lanza requerida,
En ponerse en él puesto poco tarda,
Y dando una ligera arremetida
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los ayres impelida
Sale qual gruesa bala de bombarda,
O qual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.

Quatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la hasta fuera:
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropél con súbita carrera
Muchos a ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho a pies medían,
Y exâminan el peso de la lanza:
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza:
Otros van por el precio: otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza,
De Leucotón el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello y por la turba hiende,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja:
Caupolicán la vara en esto tiende,
Y a tiempo un encendido fuego ataja
Que Tucapél al primo habia acudido,
Y otros con Leucotón se habian metido.

Caupolicán que estaba por Juez puesto
Mostrándose imparcial discretamente,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente;
Y así no se altercando mas sobre esto,
Conforme a la postura justamente
A Leucotón por mas aventajado
Le fue ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfia,
Y Leucotón quedando vitorioso,
Orompello a una parte se desvia
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por dó con Leucotón y causa nueva
Venir pudiese a mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valído
Que desde su niñez fue muy brioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linage generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapél, y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo dó la prueba se hacía,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:
No pasó mucho quando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y ligereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben;
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recogidos
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo a revolverse:
Cíñense pies con pies, y entretexidos
Cargan a un lado, y otro, sin poderse
Llevar quanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando asi, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza a aquella mano:
Sácala a tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando envano,
Del mismo peso y fuerza que traïa
A los pies enemigos se tendia.

Trás éste el fuerte Rengo se presenta,
El qual lanzando fuera lós vestidos
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de quatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja a la lucha y desafio,
Y a vencedor contrario apercibiendo
Le va a buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
Enmedio de aquel campo a su alvedrio
Vienen los dos gallardos a juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fue su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguan la boca abierta
Sin dexarle alentar le retraïa,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el ayre gran pieza lo suspende;
Cayeguan sin color desalentado
Abre los brazos, y las piernas tiende:
Viéndolo asi rendido el esforzado
Rengo que a la vitoria solo atiende,
Dexándole baxar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacaronle del campo sin sentido,
Y a su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron:
Pero cesando en esto aquel ruído,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fue este Talco de pruebas gran maestro
De recios miembros, y feróz semblante,
Diestro en la lucha, y en las armas diestro,
Ligero y esforzado aunque arrogante:
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos exercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
Fiáse mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto con estraña ligereza,
Quando menos cuidado en Talco habia
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello baxo, lerdo y perezoso
Con ronco són se mueve a paso tardo:
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo a Talco afierra,
Y antes que a la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y a su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dexando el campo con tal hecho
De su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que a contrastar al bárbaro se atreva;
Y así porque la noche ya venía,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegráse los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia saliendo de su tienda
El hijo de Leocán acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fue llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
Dando una vuelta entorno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y a mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisáse,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacio ocupáse;
Pero ya Leucotón mirando en esto,
Que porque su valor mas se notáse
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parléro vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta;
Leucotón la persona recogiendo
A recibir a Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venía
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan entorno y miran cautelosos,
Y a todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.